



72

Josep M. Rambla
Seminario de Ejercicios (EIDES)

**EJERCICIOS ESPIRITUALES
DE SAN IGNACIO DE LOYOLA**
Una relectura del texto (3)

**EJERCICIOS ESPIRITUALES
DE SAN IGNACIO DE LOYOLA
UNA RELECTURA DEL TEXTO (3)**

Josep M. Rambla, sj.
Seminario de Ejercicios (EIDES)

I. SEGUNDA SEMANA DE EJERCICIOS	3
1. El ejercicio del Reino [EE 91-98]	3
2. Algunas indicaciones sobre el modo de realizar el ejercicio y para adelante [EE 99-100])	8
3. Contemplación de la Encarnación [EE 101-109]	10
4. Contemplación del Nacimiento [EE 110-117]	15
5. Repetición del primero y segundo ejercicio [EE 118-120]	18
6. Traer los cinco sentidos [EE 120-126]	19
7. Algunas notas para esta semana [EE 127-131]	20
8. La vida oculta [EE 132-134]	21
9. Mirada al conjunto	25
10. Paso a la elección [EE135]	26
II. REGLAS DE DISCERNIMIENTO	28
1. Algunas aclaraciones previas	29
2. Reglas de primera semana [EE 313-327]	30
3. Reglas de segunda semana [EE 328-336]	38
NOTAS	45

Josep M. Rambla, sj. Licenciado en teología. Es autor entre otros de *Dios, la amistad y los pobres. La mística de Egide Van Broeckhoven*, Santander, Sal Terrae, 2007; así como de las ediciones al catalán de los *Ejercicios Espirituales* (*Exercicis Espirituals*, Barcelona, ed. Proa, 1990) y de la autobiografía de san Ignacio (*El pelegrí*, Barcelona, ed. Claret, 1991).

Edita Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B-1421-14
ISBN: 978-84-9730-329-3 - ISSN: 2014-654X - ISSN (ed. virtual): 2014-6558
Febrero 2014

Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran

Maquetación: Pilar Rubio Tugas

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que os ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

I. SEGUNDA SEMANA DE EJERCICIOS

El ejercitante termina la primera semana sintiéndose salvado, experiencia de la misericordia. En este acontecimiento de su historia personal se ha desarrollado una reacción profunda, porque la salvación es haber experimentado una relación con el que ha venido no a condenar, sino a salvar, y la del que ha vivido el gozo de la salvación. Esta relación tan íntima y tan gratuita lleva de modo connatural a la gratitud. A partir de la segunda semana la experiencia espiritual es el desarrollo de esta respuesta a la cercanía bondadosa y gratuita de Dios. La respuesta, puesto que de relación amorosa se trata, ha de ser una respuesta existencial, desde lo profundo de la persona.

Por esto el ejercitante deberá seguir en el camino de la liberación personal, de los afectos desordenados, para centrar su afectividad en Jesús, el Señor, y así ser capaz de hacer una elección evangélica.

1. EL EJERCICIO DEL REINO [EE 91-98]

[91] EL LLAMAMIENTO DEL REY TEMPORAL AYUDA A CONTEMPLAR LA VIDA DEL REY ETERNAL.

Oración. La oración preparatoria sea la sólita.

El primer preámbulo es composición viendo el lugar, será aquí ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos, por donde Christo nuestro Señor predicaba.

El segundo preámbulo: demandar la gracia que quiero; será aquí pedir

gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad.

[92] El primer punto es poner delante de mí un rey humano, elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos hombres cristianos.

[93] El segundo: mirar cómo este rey habla a todos los suyos, diciendo:

Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etcétera; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.

- [94] Tercer punto. Considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano: y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

- [95] En la segunda parte. La segunda parte de este ejercicio consiste en aplicar el sobredicho ejemplo del rey temporal a Cristo nuestro Señor, conforme a los tres puntos dichos.

Primer punto. Y cuanto al primer punto, si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante del todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.

- [96] Segundo punto: considerar que todos los que tuvieren juicio y razón, ofrecerán todas sus personas al trabajo.

- [97] Tercer punto. Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas

al trabajo, mas aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento, diciendo:

- [98] Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado.

1.1. Objetivo

Este ejercicio ha de ayudar a vivir una experiencia de adhesión personal y plena a Cristo, como lo único decisivo para un cristiano. Se trata de experimentar algo así como la reacción de Pedro ante la interpelación de Jesús: «Vosotros, ¿también os queréis ir?» Y la respuesta de Pedro: «Señor, ¿a quién iremos...?» El texto ignaciano insiste en «conmigo», porque no se trata de que el ejercitante se lance a una empresa más o menos seductora y con gran generosidad, sino que se deje arrastrar por el amor desmedido a una persona, a Jesús, quien desde luego le conducirá a la entrega generosa a su proyecto del Reino de Dios. Probablemente en la composición de este ejercicio confluyeron de una parte los ideales caballerescos de Ignacio, que todavía estaban en su mente en el momento de su vigilia en Montserrat

(cf. Au 17,1-3), y de otra, su fe profunda aunque elemental en Cristo como único Señor universal, alimentada por lecturas como la de la *Vita Christi* o por el impacto de la tradición cristiana que de forma viva, pero no literaria, iba asimilando¹.

1.2. Anticipación del camino de los Ejercicios siguientes

Es un ejercicio introductorio, una especie de Principio y Fundamento del resto de los Ejercicios, porque el ejercicio del Reino inicia al ejercitante de algún modo en la experiencia de la segunda, tercera y cuarta semanas. En efecto, se trata de «trabajar» con Cristo, de seguirle en la «pena», para compartir con él la «gloria». El ejercitante deberá pasar por el momento encarnatorio o *mesiánico*, la asunción de toda la vida humana, hasta llegar al momento *crisológico*, redentor o crucificante que lleva a la plenitud de vida del Resucitado. No se tratará en este momento de comprometerse en ninguna forma de vida concreta, sino de dejarse informar incoativamente por la *forma Christi*, que Cristo empiece a formarse en el ejercitante (cf. Gálatas 4,19).

1.3. De lo humano a lo humanísimo

Puesto que el ejercitante sale de la primera semana con el agradecimiento y la generosidad de quien se ha sentido amado por un Dios que se le ha anticipado en el amor, lógicamente su actitud fundamental es la de una disponibilidad sin reservas. Pero es de todo punto indispensable que el acompañante ayude

a centrar esta disponibilidad. Jesús tuvo que habérselas con algunos actos de generosidad sin discreción de sus discípulos: se creen capaces de morir por él y de no dejarle en el momento difícil; Pedro cree hacer bien apartando a Jesús del camino de la cruz y está convencido de ser el único que no va a fallar... Al final, todas estas manifestaciones acaban revelando su engaño e inconsistencia. Por esto han de oír de Jesús palabras como éstas: no sabéis de qué espíritu sois, me abandonaréis, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces, apártate de mí Satanás... Hay que prevenir los engaños de la buena voluntad.

El ejercitante, además, ha de ser muy consciente de que este Dios al que quiere responder sin reservas es el Dios cuya comunicación y respuesta a él pasa por lo humano. Porque se ha comunicado a la humanidad por medio de Jesús en la historia humana, ha plantado su tienda entre nosotros y ha pasado haciendo el bien en la tierra. Por tanto, «sólo se puede escuchar la llamada a seguir seriamente a Cristo, en la medida en que uno es capaz de comprometerse plenamente en un proyecto humano»². Para evitar, pues, un posible engaño y poner base sólida a la respuesta a la llamada de Cristo, se propone la parábola del «llamamiento del rey temporal que ayuda a contemplar la vida del rey eterno». El ejercitante, ¿es capaz de dejarse seducir por una persona de gran talla humana y de reconocida significación social? Y, con esta persona, ¿estaría dispuesto a empeñarse en un proyecto liderado por tal personaje y compartirlo con él para la realización del bien común? Aquí, nos encontramos con la

gran posibilidad que ofrece una parábola, con todo su poder interpelante y movilizador. Una parábola que probablemente debería crear el mismo ejercitante, ya que Ignacio no propone un caballero concreto, sino un arquetipo, ni un rey determinado, sino un «rey tan liberal y humano». En cuanto se concreta demasiado esta parábola, se le quita toda la grandeza de una persona ideal y se priva al ejercitante de una actividad importante que es imaginar y soñar, desde un corazón ya purificado en la primera semana.³ Y hay que tener en cuenta que la imaginación es una buena base para la movilización del afecto. Además, otro elemento importante de la parábola ignaciana es que el ejercitante se encuentra a solas ante Dios como un caballero. Y el caballero era la persona que sólo disponía de su valor personal (no era ni un burgués con dinero, ni un noble con reconocimiento social), y por tanto, o era persona de gran valer por su entrega a un proyecto humano, o era despreciable.⁴

Sin embargo, esta primera parte del ejercicio no es más que una especie de palanca que lanza al ejercitante a la inmensidad de lo divino en lo humano, la llamada de Cristo «más digna de consideración» que la ya de por sí muy grande del Rey Temporal. En efecto, Dios es *semper maior*, y sin embargo se nos da en lo humano, en lo pequeño. *Non coerceri maximo, contineri autem a minimo, divinum est!* La persona de Jesús y su proyecto de trabajar por el reino de Dios con él, «conmigo», superan inmensamente las ideas e imágenes que el discípulo pueda formarse de él, por elevadísimas que sean.

1.4. El realismo del maestro: *contra*

El libro de los Ejercicios recoge la trayectoria espiritual de Ignacio, no sólo en el retiro de Manresa, sino en el largo recorrido de su vida, por tierras y situaciones tan variadas y arriesgadas... Por esto, el santo, al elaborar el «libro del maestro», deja constancia de las sinuosas y dolorosas circunstancias con que deberá enfrentarse el cristiano y le ofrece en este ejercicio una especie de seguro a todo riesgo. Es decir, la persona que de verdad quiere seguir a Cristo, con Cristo, en medio de la sociedad de cualquier época, deberá moverse un poco o mucho *a la contra*. Por esto la palabra «contra» tiene especial relieve en este momento de los Ejercicios. No para inducir a una actitud negativa o enfermiza de quien lo ve todo con los ojos de un profeta de calamidades, sino con aquella mirada de Jesús, manso y humilde de corazón, pero consciente de que en el mundo «pasaréis tribulación».

Este «mundo» (el mundo por el cual Cristo no ora y en el cual el cristiano es totalmente forastero) es el complejo de realidad interior al ejercitante y realidad exterior que lo contamina todo, incluida la misma Iglesia. Por esto deberá hacer frente a la «sensualidad» (el arrastre de los sentidos corporales que tan a menudo se imponen a la razón) y al «amor carnal y mundano» (a la *carne* o apetitos desordenados) que arraiga en la persona del ejercitante y que se alberga en la sociedad. En este enfrentamiento consiste la substancia de la mortificación que ayuda al ejercitante a despojarse de lo que es realmente contrario a su deseo más profundo y auténtico.

tico y a integrar *cristocéntricamente* sus energías espirituales.

1.5. Petición y oblación

El preámbulo segundo y el coloquio sitúan al ejercitante en el punto de partida y en el punto de llegada. A partir de la experiencia de la primera semana, el ejercitante desea ser «presto y diligente» a oír la llamada de Dios, que se le comunicará por mediación de Jesús, el Señor. Aunque, naturalmente, después de haber tomado conciencia de que solo no llega muy lejos y de que todo es gracia, este deseo se convierte en la súplica: «pedir gracia...»

Por otro lado, al terminar la meditación, ya que el ejercitante se halla en un proceso dinámico de transformación y entrega, su actitud será de una modesta locura de amor, por «imitaros», es decir movido por el amor a Jesús: «quiero y deseo y es mi determinación deliberada... pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza...». Es, naturalmente, un inicio de respuesta total, con la sinceridad del amor, pero con algo de la inconsciencia del principiante. Como los discípulos que al oír la llamada del Señor, enseguida lo dejaron todo y le siguieron. Pero, ¿cómo le siguieron...? El ejercitante ha adquirido la conciencia de que la vida cristiana no es cosa de «querer y de correr, sino de misericordia de Dios» (Rm 9,16). Aunque, también es verdad que lo vivido en los días anteriores de Ejercicios le habrá llevado al convencimiento de que en las cosas de Dios, que es Amor, lo único que vale es el «más» del amor, un amor

que siempre está en deuda (Rm 13,8) y nunca dice basta.

Y supuesto lo que precede, conviene destacar que la *oblación* no ha de consistir en ningún esfuerzo titánico o heroico de arremeter con todo lo duro posible en la vida, sino una expresión humilde —«diciendo», según el texto del deseo personal de responder al amor en la situación personal e histórica en que al ejercitante le corresponde vivir. Es por tanto,

- una experiencia y manifestación de fe amorosa (*Eterno Señor, María, la corte celestial*);
- centrada en Cristo (*imitaros*);
- un deseo (*quiero y deseo y es mi determinación deliberada*);
- que se apoya en la gracia (*con vuestro favor y ayuda*);
- y en la comunión de los creyentes (*vuestra Madre y la corte celestial*) y, por tanto, está marcado por la confianza;
- pone ante los ojos con realismo la crudeza de las exigencias que en determinadas ocasiones puede exigir el seguimiento de Cristo (*injurias, vituperios, pobreza...*).

En definitiva, es una oración dinámica, que parte del estado interior personal del ejercitante y le hace afrontar con realismo las condiciones del seguimiento en el compromiso por el Reino. Así, esta oblación supone un paso adelante respecto del «ánimo y liberalidad» de la anotación quinta [5], por un mayor compromiso personal y una mayor concreción de los aspectos de la vida que se ponen en juego. La llamada

del Rey eternal toca el corazón del ejercitante y le interpela como individuo en su libertad, pero para implicarse en un proyecto que partiendo de la lucha que se libra dentro de su corazón («contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano»), se dirige a «conquistar todo el mundo y todos los enemigos». Es decir, en este ejercicio se conjugan las dos caras del compromiso del seguidor de Jesús que lucha contra

el mal: el mal que anida en su corazón y el que habita en la humanidad y se plasma en mil estructuras de mal y de pecado.⁵ Resulta de mucho provecho que la persona que hace ejercicios componga, a partir de lo que haya experimentado, su propio coloquio u oblación. Al acabar el ejercicio, la persona que se ejercita habrá iniciado, sólo iniciado, el paso de la sabiduría humana a la locura de la cruz.

2. ALGUNAS INDICACIONES SOBRE EL MODO DE REALIZAR EL EJERCICIO Y PARA ADELANTE [EE 99-100]

[99] Primera Nota. Este ejercicio se hará dos veces al día, es a saber, a la mañana en levantándose, y a una hora antes de comer o de cenar.

[100] Segunda Nota. Para la segunda semana, y así para adelante, mucho aprovecha el leer algunos ratos en los libros de *Imitatione Christi* o de los Evangelios y de vidas de santos.

Es importante conectar este ejercicio con el momento en que se halla el ejercitante al final de la primera semana, ya que los ejercicios no son unas materias que se ha de meditar o contemplar, sino un camino y transformación personal que hay que realizar. Por tanto la ilación del proceso no es temática, sino experiencial y hay que partir siempre de la «*subiecta* materia», es decir de la

materia tal como se halla elaborada en el corazón del «sujeto», del ejercitante.

Además, el carácter imaginativo de este ejercicio puede ayudar tanto a implicar al ejercitante en el seguimiento de Cristo con todo el ser, afectivamente, como a iniciar al ejercitante en un proceso creativo en el seguimiento de Cristo, que a cada uno pide cosas distintas y según momentos también inéditos. El Espíritu Santo ha de provocar «sueños» y «visiones», según palabras del profeta aducidas por Pedro en Pentecostés...

En los Ejercicios se prevé que el día dedicado al Reino es un día de un cierto descanso, ya que sólo se proponen dos ejercicios para toda la jornada [99]. La costumbre muy extendida es la de hacer un día de descanso al terminar la primera semana. Luego empezar la

segunda con el ejercicio del Reino, dedicando cinco ejercicios enteros en el día, que pueden ser repeticiones del reino o ya contemplación del misterio de la Encarnación. Aunque, dado el carácter global de la contemplación de la Encarnación, parece mejor dedicar a esta contemplación un día entero. Cuando los Ejercicios se dan individualmente, ya se ve que el descanso se puede orientar de una forma distinta a como se organiza en los Ejercicios en grupo, aunque sean personalizados.

Ignacio propone dedicar tiempo de los ejercicios a la lectura espiritual [100].⁶ Dos cosas hay que destacar a este propósito. En primer lugar, que «mucho aprovecha» esta lectura. Aquí, sin duda, refleja el santo su misma experiencia cuando en Loyola leyendo la vida de Cristo y las vidas de santos (cf. Au 5-9), experimentó el cambio interior que no sólo le llevó a reorientar su vida al servicio de Dios, sino que, con una gran agitación de sentimientos espirituales, se inició en la sabiduría del discernimiento de espíritus, de gran utilidad para la elaboración del libro de los Ejercicios, como él mismo confiesa (Au 99,3). Además, esta experiencia de la lectura, tan fecunda y fuente de una orientación espiritual hacia los demás, es una constante que se da en el origen de cambios espirituales decisivos en la vida de muchas personas (Agustín, Teresa de Jesús, Edith Stein, Delbrêl...).

Pero, en segundo lugar, las tres lecturas que Ignacio propone representan tres cauces de alimento espiritual. Los evangelios como ayuda a una asimilación más completa del mensaje evangélico, ya que las contemplaciones sólo abarcarán una mínima parte del conjunto de los cuatro evangelios. Las vidas de santos iluminarán al ejercitante en su búsqueda de concreciones de su seguimiento de Cristo. Ignacio, aunque empezó queriendo copiar a san Francisco y a santo Domingo, luego halló su propio camino, pero evidentemente iluminado y movido por la vida de éstos y otros santos. La *Imitación de Cristo* ofrece en síntesis un tratado de vida espiritual. Tres tipos de lecturas que, por lo menos el segundo y tercero, deben sin duda ser actualizados, pero que todos ellos expresan la línea afectiva y práctica que han de tener, más para mover el corazón que para fomentar una reflexión teórica. En el Directorio oficial leemos: «No leyendo seguidamente con avidez y ver cosas nuevas, sino deteniéndose y ponderando cuidadosamente lo que lee, y participando de los mismos afectos».⁷ Estas lecturas, bien dirigidas por la persona que da los Ejercicios, ofrecen un enriquecimiento de perspectivas, un estímulo de los afectos, una incitación a la búsqueda personal, que suple, seguramente sin el riesgo de una *mentalización* por parte del que da los ejercicios, las pláticas o charlas.

3. CONTEMPLACIÓN DE LA ENCARNACIÓN [EE 101-109]

[101] EL PRIMERO DÍA Y PRIMERA CONTEMPLACIÓN ES DE LA ENCARNACIÓN, Y CONTIENE EN SI LA ORACIÓN PREPARATORIA, 3 PREÁMBULOS Y 3 PUNTOS Y UN COLOQUIO.

Oración. La sálita oración preparatoria.

[102] Primer preámbulo. El primer preámbulo es traer la historia de la cosa que tengo de contemplar; que es aquí cómo las tres personas divinas miraban toda la planicia o redondez de todo el mundo llena de hombres, y cómo viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre, para salvar el género humano, y así venida la plenitud de los tiempos, enviando al ángel san Gabriel a nuestra Señora [262].

[103] Segundo preámbulo. Composición viendo el lugar: aquí será ver la grande capacidad y redondez del mundo, en la cual están tantas y tan diversas gentes; asimismo, después, particularmente la casa y aposentos de nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea.

[104] Tercer preámbulo. Demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

[105] Nota. Conviene aquí notar que esta misma oración preparatoria sin mudarla, como está dicha en el principio, y los mismos tres preámbulos se han de hacer en esta semana y en las otras siguientes, mudando la forma, según la subiecta materia.

[106] Primer punto. El primer punto es ver las personas, las unas y las otras; y primero las de la haz de la tierra, en tanta diversidad, así en trajes como en gestos: unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos, otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etcétera.

Segundo: ver y considerar las tres personas divinas como en el su solio real o trono de la su divina majestad, cómo miran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes en tanta ceguedad, y cómo mueren y descenden al infierno.

Tercero: ver a nuestra Señora y al ángel que la saluda, y reflitir para sacar provecho de la tal vista.

[107] Segundo punto. Oír lo que hablan las personas sobre la haz de la tierra, es a saber, cómo hablan unos con otros, cómo juran y blasfeman, etcétera; asimismo lo que dicen las personas divinas, es a saber: «Hagamos redempción del género humano», etcétera; y después lo que hablan el ángel y nuestra Señora; y reflitir después, para sacar provecho de sus palabras.

[108] Tercer punto. Después mirar lo que hacen las personas sobre la haz de la tierra, así como herir, matar, ir al infierno, etcétera; asimismo lo que hacen las personas divinas, es a saber, obrando la santísima encarnación, etcétera; y asimismo lo que hacen el ángel y nuestra Señora, es a saber, el ángel haciendo su oficio de legado, y nuestra Señora humiliándose y ha-

ciendo gracias a la divina majestad, y después reflectir para sacar algún provecho de cada cosa de estas.

[109] Coloquio. En fin, hase de hacer un coloquio, pensando lo que debo hablar a las tres personas divinas o al Verbo eterno encarnado o a la Madre y Señora nuestra pidiendo según que en sí sintiere, para más seguir e imitar al Señor nuestro, así nuevamente encarnado, diciendo un Pater noster.

3.1. Observaciones previas

El ejercicio del Reino, como se ha dicho ya, es el Principio y Fundamento del resto de los Ejercicios, puesto que dispone al ejercitante a emprender el camino de la segunda semana, es decir la vida de Jesús («trabajar»), luego la tercera semana, la pasión y muerte («la pena») y finalmente la cuarta semana, («la gloria»). Así la contemplación de la encarnación es la «primera» del «primero día».

A partir de ahora se introduce una nueva forma de oración, una «contemplación visible» [47], ya que se trata de «contemplar a Cristo nuestro Señor, el cual es visible» [47]. Hasta la cuarta semana, con algunas variantes y añadidos, se seguirá el mismo modo de oración de contemplación.

Sin embargo, en este ejercicio de la encarnación, ya que en parte es contemplación «invisible», puesto que se trata de la contemplación de la Trinidad, la contemplación ha de integrar también «la vista imaginativa» [47]. Así Ignacio propondrá, como se verá en los tres puntos de la contemplación, un ejercicio imaginativo para considerar las personas divinas.

Conviene advertir cómo en los dos ejercicios, de la Encarnación y del Nacimiento, se presenta un modelo de proposición del ejercicio, un modo de *dar puntos*, que se deberá seguir en adelante. Se propone «el fundamento verdadero de la historia» y esto «con breve o sumaria declaración» [2].

3.2. La contemplación

La estructura de este ejercicio es la que se repetirá a lo largo de todas las contemplaciones: oración preparatoria, tres preámbulos («traer la historia», «composición, viendo el lugar» y petición o «demandar lo que quiero»), los puntos («ver las personas», «oír lo que hablan», «mirar lo que hacen») y coloquio final.

Para esta contemplación del misterio de la Encarnación, Ignacio construye una especie de drama religioso, en el que recurre de modo especial a la imaginación para poder ver, oír y mirar lo que hacen las tres personas divinas. A primera vista podría parecer un exceso de ingenuidad este modo de representar las divinas personas. Con todo recordemos que tanto el arte religioso como la literatura religiosa se han servido ya antes de san Ignacio de representaciones del misterio trinitario, siempre necesariamente inadecuadas, pero sugerentes y buen apoyo para la oración creyente. Pero, sobre todo hay que considerar que es imposible que un santo tan extraordinariamente regalado por Dios con la experiencia sublime de la Trinidad y tan devoto de la misma pudiese ceder a una forma superficial de representar imaginativamente el misterio que tanto le subyugaba.⁸

3.3. La práctica del ejercicio

3.3.1. *Oración preparatoria y preámbulos*

Una vez hecha la oración preparatoria que no puede faltar en ningún ejercicio de oración, puesto que los Ejercicios se dirigen a ordenar la vida, el ejercitante entrará en la contemplación a través del atrio de los tres preámbulos.

En el primero se resume todo el misterio que se debe contemplar: las personas de la Trinidad están de cara al mundo mirando la desventura de toda la humanidad dejada a sí misma, y deciden que la segunda persona se haga hombre. Esto se realiza en la plenitud de los tiempos, cuando el ángel es enviado a María y ella acepta con disponibilidad plena la propuesta divina. En síntesis, esta historia condensa el relato lucano de la anunciación (Lc 1,26-38), con el trasfondo de los profetas sobre todo Isaías («el pueblo que andaba en las tinieblas...»: Is 9,1) y de Hebreos 1,1. Así se presentan ya los tres protagonistas del drama: el mundo en situación de irremediable hundimiento en el abismo, la santísima Trinidad como un Dios que se interesa por el mundo y María como una persona que es espacio de acogida de la comunicación de Dios para la salvación del mundo.

3.3.2. *«La composición, viendo el lugar»*

Este preámbulo debe tratar de componer al ejercitante con el relato evangélico creativamente vivido. Como siempre, ha de reservársele un lugar a la imaginación, arte importante de nuestra

actividad interior. Aquí no se propone una mirada al cielo, a la Trinidad, sino que el ejercitante se centra en el mundo, fijándose especialmente en Nazaret y en nuestra Señora. Puesto que el lugar del encuentro con la Trinidad será el mundo al que Dios tanto ama, Ignacio, de forma muy discreta, casi subliminal, dirige ya el espíritu del ejercitante hacia el mundo real, que es el lugar donde se va a realizar el proyecto del «rey eternal».

3.3.3. *La petición, o «demandar lo que quiero»*

En la petición se conjugan los dos polos complementarios de la experiencia espiritual de los Ejercicios: la gracia y la libertad, la petición y el deseo y esfuerzo personales. Se pide lo que realmente se desea y se busca, pero el objeto de nuestro deseo y búsqueda es un don de Dios. «No ha hecho experiencia verdadera de los Ejercicios de san Ignacio quien no haya hecho experiencia insistente de oración de petición» (José Calveras). En efecto, «nadie puede decir Jesús es Señor, sino por influjo del Espíritu Santo» (1Cor 12,3; cfr. Rom 10,9). En esta contemplación (y en todas las contemplaciones propiamente dichas de la segunda semana) el objeto de la petición es fundamental y conviene analizarlo en detalle:

— «*Conocimiento interno*». Como ya se indicó en *Una relectura del Texto* (2),⁹ el conocimiento interno no es simplemente conocimiento del interior de Jesús, sino conocimiento relacional. Se desea, pues, y se pide una interpenetración de relación personal entre el ejercitante y Jesucris-

to, el progreso en la familiaridad o amistad del ejercitante con Cristo.

– «*Del Señor*». La contemplación, oración desde la fe, ha de alcanzar, mediante el acercamiento a Jesús, la experiencia del *Kyrios*, del Señor. Esta es la sencilla sublimidad de la contemplación, alcanzar la vivencia del trascendente en la contemplación de lo inmanente: Jesús, hombre como nosotros, que vive una experiencia humana como la nuestra y que en ella se nos da la comunicación del mismo Dios. Dios se comunica inmediatamente a la criatura [15], pero por la mediación de la contemplación de la vida de Cristo [4], (Jn 14,9-11).

– «*Por mí se ha hecho hombre*». La contemplación del Señor, el Dios con nosotros, se actualiza en mi historia personal, que es una historia humana y, por tanto, social e históricamente contextualizada. Los misterios de la vida terrena de Jesús «han sido misteriosamente dotados de una *actualidad* totalmente nueva y permanente»¹⁰. Por tanto, aquella dimensión contemplativa mística del Señor, tiene una concreción histórica, no sólo una dimensión mística, sino *política*. Así se supera el riesgo de una espiritualidad monofisita, reductora de Cristo a solo Dios.

– «*Para que más le ame y le siga*». Con estas palabras se explicita la finalidad de la contemplación ya insinuada con el «conocimiento interno». El ejercitante pide llegar a un amor intenso que lleve al seguimiento del Señor y, a la inversa, lan-

zarse al seguimiento animado por el amor. El amor lleva al seguimiento y el verdadero seguimiento es seguimiento amoroso y no una simple acción o compromiso frío o despersonalizado. Pero con la palabra «más», que ya había aparecido anteriormente tanto en el Principio y Fundamento como en el ejercicio del Reino («más» y «mayor» en [97]), se expresa la verdadera dinámica del amor que tiende al desbordamiento.¹¹

3.3.4. *Los puntos*

Los tres puntos que propone Ignacio son tres aproximaciones al misterio de la Encarnación según un modo de oración que tiene raíces antiguas anteriores al santo. Tanto la tradición cisterciense como la franciscana ofrecen muchos elementos oracionales que muestran rasgos muy semejantes a la forma ignaciana de contemplación que a partir de ahora se propone en los Ejercicios.¹² Mirar las personas, oír lo que hablan y mirar lo que hacen es una forma muy humana de acercarse al misterio humano de la encarnación, y de los demás misterios de vida y pasión de Cristo. Según san Bernardo, Dios que sabe que sólo podemos amar con un corazón humano, se hizo hombre.¹³ En los tres puntos [106-108], la inmensidad del mundo (de ayer y de hoy) con sus distintas circunstancias muy concretas, y el recóndito espacio de Nazaret con María, va desfilando ante los ojos, el oído y la mirada atenta del ejercitante, pero también, ante la imaginación muy creativa, cielo y tierra, mundo y gracia, dolor, maldad y bondad acogedora... Y tam-

bién todos los aspectos de la persona del ejercitante (sentidos, imaginación, afectividad, etc.), que informados por la fe que sustenta la oración, se ponen en acción para penetrar en las insondables riquezas de Cristo (Cf. Ef 3,18-19), a través de la humanidad de Jesús y del entorno humano en el que se nos da y vive. Así, desde lo humano del ejercitante, a través de lo humano de Jesús, se va llegando al encuentro con Dios, más íntimo que nuestra intimidad, y más *mundano* que la mundanidad del mundo, ya que Dios es el mismo corazón del mundo. Esta oración, gracia totalmente gratuita, es fundamental para ir avanzando hacia una existencia mística en la mundanidad del mundo donde se desarrolla la vida de los ejercitantes. Es, sin embargo, imprescindible que la creatividad orante se mueva dentro del cauce de la analogía de la fe, que permite la creatividad, pero que al mismo tiempo la modera. De aquí que la experiencia de los Ejercicios ignacianos completos pida un mínimo de formación teológica y bíblica. Además, como se verá más adelante en el ejercicio de las Dos Banderas, Ignacio propondrá unas coordenadas imprescindibles para seguir avanzando en el camino de la contemplación creativa del misterio de Cristo.

3.3.5. «*Reflectir*»

Durante la inmersión en el misterio el ejercitante experimenta la irradiación de éste en su propia vida y se deja interpelar. De este modo la contemplación es transformadora del sujeto, según el ideal paulino de que Cristo se vaya formando en nosotros (cf. Gal 4,19). En el «reflexionar», palabra hoy obsoleta, no se

trata, pues, de hacer unos propósitos concretos, sino de dejar, o *dejarse*, que en el interior del misterio de Cristo la existencia del ejercitante vaya configurándose de modo nuevo, en Cristo.¹⁴

3.3.6. «*Coloquio*»

A partir de lo que ha precedido en la hora de contemplación, y en la misma línea creativa del coloquio propuesto en la primera semana, donde se decía «discurrir por lo que se ofreciere» y «hablando, así como un amigo habla a otro», ahora se sugiere hablar a las personas divinas, al Verbo encarnado o a nuestra Señora. Dos expresiones llaman algo la atención y merecen un breve comentario.

– «*Seguir e imitar al Señor nuestro*».

El verbo «seguir», en la espiritualidad suele preferirse al verbo «imitar», aunque los dos tienen su fundamento bíblico. Al servirse Ignacio de los dos verbos unidos no creo que los haya considerado sinónimos, sino que, según mi parecer, en el verbo seguir se expresa más una línea dinámica, social e histórica de la fidelidad a Cristo, mientras que con el verbo imitar se subrayan más las cualidades o virtudes de la persona que sigue a Cristo. Sobre esto se volverá más adelante.

– «*Ansí nuevamente encarnado*».

Pensar que este «nuevamente» se refiere a la encarnación del Verbo en la historia de hoy sería un anacronismo. La encarnación en el hoy y en la historia es un pensamiento que emerge en la teología desde hace sólo unos decenios. Sin embargo, aunque *literalmente* el texto ignaciano

no tiene esta significación actualizadora, no resulta en nada disonante con la teología ignaciana una contemplación *actualizada* del misterio, como la que hoy es muy corriente. Y, por tanto, creo que el ejercitante puede muy bien contemplar la encarnación con una dimensión histórica y actual.¹⁵

3.4. Conclusión

Al terminar la contemplación de la Encarnación el ejercitante habrá dado el primer paso del seguimiento de Cristo, Rey eterno. Y, el primer paso habrá sido vivenciar como Dios no se desentendiéndolo del mundo, sino que lo mira con cariño y compasión. Vivencia también de un Dios todo solidaridad: solidaridad en su mirada hacia el mundo al cual

tanto ama, solidaridad intratrinitaria, inmanente, ya que la encarnación es determinación de las tres personas divinas, solidaridad *ad extra*, con el mundo, por cuanto el misterio de la encarnación es obra solidaria del Padre que envía, del Hijo, que es enviado, y del Espíritu, que realiza la encarnación en María. Y la Encarnación, desde la parte humana, también es misterio de solidaridad, ya que en un espacio poco aparente, insignificante, se halla María, «dichosa porque ha creído», a través de cuyo «sí» llega al mundo aquél que llevará a culminación el Reino que no tendrá fin. Así María es modelo e inspiradora de las «minorías abrahámicas» (Helder Cámara), mujeres y hombres que también hoy, con su fe viva que mueve montañas, son foco de esperanza en un mundo que necesita y anhela liberación.

4. CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO [EE 110-117]

[110] LA SEGUNDA CONTEMPLACIÓN ES DEL NACIMIENTO.

Oración. La s3lita oraci3n preparatoria.

[111] Primer pre3mbulo. El primer pre3mbulo es la historia: y ser3 aqu3 c3mo desde Nazaret salieron nuestra Se3ora gr3vida casi de nueve meses, como se puede meditar p3amente asentada en una asna, y Jos3 y una ancila, levando un buey, para ir a Bel3n, a pagar el tributo que C3sar

ech3 en todas aquellas tierras, n3m. [264].

[112] Segundo pre3mbulo. Composici3n viendo el lugar; ser3 aqu3 con la vista imaginativa ver el camino desde Nazaret a Bel3n, considerando la longura, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas sea el tal camino; asimismo mirando el lugar o espe-lunca del nacimiento, cu3n grande, cu3n peque3o, cu3n bajo, cu3n alto, y c3mo estaba aparejado.

- [113] Tercer preámbulo. Será el mismo y por la misma forma que fue en la precedente contemplación.
- [114] Primer punto. El primer punto es ver las personas, es a saber, ver a nuestra Señora y a José y a la ancila y al niño Jesús después de ser nacido, haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible; y después reflectir en mí mismo para sacar algún provecho.
- [115] Segundo punto: Mirar, advertir y contemplar lo que hablan; y reflitiendo en mí mismo, sacar algún provecho.
- [116] Tercer punto: Mirar y considerar lo que hacen, así como es el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí; después reflitiendo sacar algún provecho spiritual.
- [117] Coloquio. Acabar con un coloquio, así como en la precedente contemplación, y con un Pater noster.

4.1. Oración preparatoria y preámbulos [EE 110-113]

Después de la contemplación de la Encarnación, la entrada de Cristo en nuestra historia, el ejercitante pasa a la contemplación del nacimiento, la entrada de Cristo en un lugar, en un lado de la historia. A continuación de «la sálita oración preparatoria», siguen dos preámbulos, la «historia» y la «composición viendo el lugar», que corresponden al

misterio que hay que contemplar. En el segundo preámbulo, hay que notar, junto con la brevedad propia de los Ejercicios, el margen que se deja a la creatividad del ejercitante y también la importancia que se da a demorarse en los detalles: «considerando la longura, la anchura, y si llano o si por valles o cuevas sea el tal camino», y respecto de la cueva, «cuán grande, cuán pequeño, cuán bajo, cuán alto, y cómo estaba aparejado». Evidentemente, a Ignacio no le preocupa la exactitud geográfica o arqueológica de los lugares, sino, como a los mismos evangelistas, que se contemple el misterio en unos lugares bien concretos. El tercer preámbulo, «demandar lo que quiero»: «será el mismo y por la misma forma que fue en la precedente contemplación», puesto que la contemplación, aunque introduce aspectos distintos de la vida de Jesús, tiene el objetivo de progresar en la relación de amistad con él.

4.2. Los puntos y el coloquio de la contemplación

Los distintos puntos y el coloquio tienen el mismo carácter formal que los de la Encarnación (y lo mismo en las demás contemplaciones que seguirán), pero en ellos resaltan algunos aspectos:

4.2.1. La implicación activa de la persona que contempla

«Haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno... sirviéndolos [a nuestra Señora y a José]... como si presente me hallase». Estas indicaciones sugieren obviamente una manera de hacer la

contemplación de modo muy activo. San Francisco de Asís creando el primer pesebre o abrazando a Cristo crucificado, san Antonio teniendo en brazos al Niño Jesús, santa Teresa de Jesús enjugando el sudor de sangre de Cristo en el huerto, etc. son algunas muestras que avalan la calidad de esta *ingenua* forma de orar.

4.2.2. *Suma pobreza*

Esta contemplación introduce al ejercitante en un elemento del seguimiento de Cristo que, a partir de ahora, estará presente constantemente a lo largo de la experiencia de los Ejercicios, la pobreza. Notemos, en primer lugar, el relieve que tiene la pobreza, ya que la pone como punto culminante de un camino, como un designio de Dios mismo, «para que el Señor sea nacido en suma pobreza». En segundo lugar, no deja lugar a escapatorias fáciles para convertir la pobreza evangélica en algo un tanto platónico, como si se tratara sólo de una actitud interior, sino que la pobreza pasa por la privación, dolor y humillaciones propias de los que viven pobremente: «tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas». Finalmente, entrar en una vida de pobreza, con los verdaderamente pobres, es entrar en el camino del *fracaso* humano, «para morir en cruz».

4.2.3. *Por mí*

Aunque la relación de la Encarnación con la vida del ejercitante es algo obvio y se expresa en el tercer preámbulo, «por mí se ha hecho hombre», aquí en la misma contemplación del Nacimien-

to, Ignacio explicita este aspecto de la vida de Jesús: «y todo esto por mí». De este modo se va avanzando cada vez más en la experiencia de la actualidad del misterio contemplado, ya que no es un simple recuerdo de algo que aconteció hace años, sino la experiencia, en el Espíritu, de la actualidad del misterio de Cristo. En efecto, el Espíritu Santo es la *anámnesis* y la actualización o «compleción» del misterio de Cristo: «El Espíritu Santo... hará que recordéis lo que yo os he enseñado y os lo explicará todo... Os iluminará para que podáis entender la verdad completa» (Jn 14,26; 16,13)

4.3. Observaciones finales

4.3.1. *Los puntos*

Al comparar los puntos propuestos en las dos contemplaciones de la Encarnación y del Nacimiento, se ve una coincidencia formal, pero con algunas variantes que he subrayado más arriba. Esto indica que en la manera de proponer los puntos ha de haber, a la par que la sumaria y breve declaración tan importante, una cierta creatividad por parte de la persona que los propone. Pero, además, también indica que, sin perderse en largas y tediosas explicaciones, es importante que el ejercitante en cada proposición de puntos encuentre algo de novedad que le estimule.¹⁶

4.3.2. *La pobreza del nacimiento*

El texto ignaciano es heredero de una tradición medieval, que aunque no coincide con la literalidad del texto evangélico, no le es del todo ajena. En efecto,

la que podríamos considerar una legítima exégesis mística, o la interpretación espiritual de los evangelios, ha destacado la pobreza y los pobres en el mensaje navideño y no podemos ignorar la sabiduría de los santos, confirmada por la tradición viva de siglos, desde san Francisco a Charles de Foucauld y Antoine Chévrier. Francisco de Asís, un santo que no se perdió en una concepción romántica o folklórica de la pobreza, quería que el día de Navidad se celebrase de modo extraordinario, que todo el mundo hasta las paredes del convento participasen en la fiesta, porque «Dios siendo rico se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza» (2Cor 8,9). Es más, la contextuali-

zación del misterio en el hoy de nuestro mundo, con todo el peso de pobreza material que conlleva, nos conduce a contemplar en el nacimiento a una humanidad que a través del largo recorrido de los siglos está sumida en gran parte en «suma pobreza». Y, naturalmente, esta contemplación nos invita a *reflectir* para sacar provecho de esta contemplación. El sobradamente conocido y citado texto del juicio final (Mt 25,31-46) deja bien claro que hoy día podemos todavía responder de modo real y efectivo al Cristo nacido en suma pobreza o, tal vez, cerrarnos a su imperiosa interpelación. Pero, ciertamente, «la pobreza del Verbo encarnado es nuestra riqueza» (san León Magno).

5. REPETICIÓN DEL PRIMERO Y SEGUNDO EJERCICIO

[EE 118-120]

Lo dicho a propósito de la repetición en la primera semana (EE 119, Cf. *Relectura* 2, p. 34) conviene tenerlo presente aquí y en adelante. Máxime con la perspectiva de la elección a la que conducen los ejercicios de la segunda semana, ya que para realizarla convenientemente es de todo punto imprescindible una escucha atenta y afinada de la acción de Dios. Por esto Ignacio dice que la repetición no es una oración sobre materia distinta de los ejercicios anteriores, sino que se hace «notando siempre algunas partes más principales, donde haya sen-

tido la persona algún conocimiento, consolación o desolación» [118]. Ya se ve que, al hacerse la repetición sobre dos misterios en el mismo tiempo, no se trata tanto de seguir la línea de desarrollo del misterio, cuanto de ahondar desde la fe y con todo el ser en las vivencias que el Espíritu ha hecho brotar en el corazón de la persona que se ejercita. Es ya «Cristo en vosotros, esperanza de la gloria» (Col 1,27) y no un relato o unas palabras en sí mismas, sino la letra escrita en el corazón del ejercitante (cf. 2Cor 3,3). Tan impor-

tante es esta forma de oración para el proceso de transformación personal de los Ejercicios Espirituales, que la repe-

tición se hará dos veces sobre las mismas dos contemplaciones precedentes [120].

6. TRAER LOS CINCO SENTIDOS [EE 120-126]

6.1. Finalidad de este ejercicio

Al final del día, cuando el ejercitante ha contemplado ya dos misterios y ha hecho dos repeticiones sobre los mismos conjuntamente, vuelve sobre ellos con otra forma de oración. Al ser esta forma de orar el punto culminante de un día entero de contemplación sobre dos misterios, es evidente que ha de ser un ejercicio que ayude a una más personal y profunda asimilación de los misterios contemplados. Por tanto, no es simplemente un ejercicio suave y de reposo al final del día, sino de verdadero progreso contemplativo, aunque no ha de ser fatigoso.

Los dos primeros puntos, «ver» y «oír» [EE 122-123] corresponden de algún modo a los tres ya practicados en las dos primeras contemplaciones [EE 106-108,114-116], pero no cabe duda de que la calidad de la experiencia que ahora se realiza, después de las dos repeticiones precedentes, es notablemente superior y quizá guarda sólo una semejanza con lo experimentado en los ejercicios anteriores. Al final del día la persona que se ejercita podrá revivir intensamente sentimientos espirituales experimentados durante la jornada:

gusto, amargura, satisfacción del alma, dulzura, suavidad, toque agudo en el alma, silencio... Es decir, sentimientos que el mismo libro describe en diversos momentos [cf. EE 2,69,76... y en las reglas de discernimiento, sobre todo de segunda semana].

Esta manera de orar es, pues, un ejercicio del espíritu que informado por la fe, esperanza y amor, por medio de actos análogos a los de los sentidos corporales («los cinco sentidos de la imaginación»), penetra y saborea los misterios a los cuales se ha hecho presente en las contemplaciones y repeticiones precedentes. Supera, pues, en calidad espiritual la forma incipiente de aplicación de sentidos propuesta en el quinto ejercicio de la primera semana (EE 65-71 y *Relectura 2*, p. 37). Es un modo de orar de mayor simplicidad después de haber contemplado una y otra vez el misterio en distintas facetas y desde las resonancias en el propio espíritu y, por consiguiente, más intuitivo y afectivo, que analítico y racional.

Por razones muy distintas, no ajenas del todo a la sospecha de iluminismo de que fueron objeto los Ejercicios ignacianos, esta oración se interpretó como

un ejercicio ascético y simple de oración. Sin embargo, ya desde los comienzos, la interpretación en este sentido no fue unánime. Y si la aplicación de sentidos se practica de este modo, fiel a la mistagogía ignaciana del libro de los Ejercicios, creo que nos hallamos ante un modo de orar muy afín a la tradición de aquella percepción espiritual que Orígenes y muchos autores posteriores atribuían a los «cinco sentidos espirituales»¹⁷.

6.2. La práctica de esta contemplación

6.2.1. Dejar margen a la acción personal del Espíritu

Puesta la honda experiencia espiritual vivida durante el día, las orientaciones para este ejercicio dejan un amplio margen a la experiencia creativa personal: «meditando y contemplando en particular sus circunstancias», sin precisar cuáles, ya que será el Espíritu el que las dictará al ejercitante. Y, de modo seme-

jante, el ejercitante deberá «oír con el oído lo que hablan o pueden hablar», sin más precisiones.

6.2.2. La «divinidad»

La distinta tradición textual permite leer la «divinidad» en sí misma, o bien la «divinidad del alma». En cualquier caso se trata de percibir la cualidad «divina», lo que nos trasciende totalmente. Y para esto, Ignacio propone la mediación de «oler y gustar con el olfato y el gusto», es decir los sentidos más espirituales, que alcanzan más allá de la percepción material del objeto del olfato y del gusto.

Algunos autores hablan de la analogía de estos dos sentidos con la fe y la esperanza. En cualquier caso, puesto que nos hallamos en el terreno de lo simbólico y analógico, esto parece sugerir que la oración puede alcanzar unos niveles que superan en mucho lo que nuestras potencias y sentidos corporales pueden conseguir según sus potencialidades propias.

7. ALGUNAS NOTAS PARA ESTA SEMANA [EE 127-131]

Puesto que los Ejercicios no son un curso, sino una experiencia muy personal, el libro se extiende en orientaciones metodológicas para ayudar a la tarea estrictamente personal del ejercitante.

Como ya se había indicado en la anotación 11^a, conviene vivir el tiempo presente como *kairós* y por tanto, no

anticiparse al Espíritu, sino dejar a Dios ser Dios, que haga su obra según sus ritmos, de modo que «la consideración de un misterio no estorbe a la consideración del otro» [127].

A medida que avanza el progreso de los Ejercicios, como en cualquier tarea humana muy personalizada, se produ-

cen cansancios o cambios de ritmo personales que hay que atender. Por esto, dentro del esquema horario de las cinco horas de oración propuesto hasta el momento presente, se pueden hacer acomodaciones, en cuanto al cambio de horas (sobre todo eliminando la oración a media noche), manteniendo las cinco horas de oración o, incluso, reduciéndolas a cuatro [EE 128-129].¹⁸

Algunas adiciones se deben acomodar a esta semana: al levantarse «poner enfrente de mí la contemplación que tengo que hacer»; durante el día, traer frecuentemente a la memoria los misterios contemplados hasta el momento; también servirse del ambiente (luz u oscuridad y frío o calor) según «sintiere que le puede aprovechar y ayudar, para hallar lo que desea la persona que se

ejercita». La misma atención a lo que más ayuda ha de tenerse en lo referente a penitencias [130].

Aunque los Ejercicios no son sólo oración, ciertamente la oración es la actividad privilegiada y por esto, a lo largo de los Ejercicios, conviene recordar oportunamente las condiciones para hacer bien la oración: centrar el espíritu en el Señor y en lo que uno va a contemplar y luego entrar en oración tomando conciencia de que está bajo la mirada de Dios [131].

En resumen, se ha de atender a lo que más ayuda «para hallar lo que desea la persona que se ejercita». Y, para esto, se deben tener en cuenta no sólo las disposiciones interiores del ejercitante, sino también las circunstancias exteriores, incluso las más materiales.

8. LA VIDA OCULTA [EE 132-134]

[132] Segundo día. Tomar por primera y segunda contemplación la presentación en el templo, núm. [268], y la huida como en destierro a Egipto, núm. [269], y sobre estas dos contemplaciones se harán dos repeticiones y el traer de los cinco sentidos sobre ellas de la misma manera que se hizo el día precedente.

[133] Nota. Algunas veces aprovecha, aunque el que se ejercita sea recio y dispuesto, el mudarse desde este segundo día hasta el cuarto inclusi-

ve para mejor hallar lo que desea, tomando sola una contemplación en amaneciendo y otra a la hora de missa, y repetir sobre ellas a la hora de vísperas, y traer los sentidos antes de cena.

[134] Tercer día. El tercero, cómo el niño Jesús era obediente a sus padres en Nazaret, núm. [271], y cómo después le hallaron en el templo, núm. [272] y así conseqüenter hacer las dos repeticiones y traer los cinco sentidos.

8.1. Breve o sumaria declaración

Para el segundo y tercer día de la segunda semana, el libro de los Ejercicios propone cuatro misterios de la vida de Jesús: presentación en el templo, huida a Egipto, vida de Nazaret, con el episodio de la pérdida y hallazgo en el templo. En los misterios que presenta esquemáticamente aparecen estos cuatro misterios, pero además se añade el del regreso de Egipto [268-272]. Este pequeño detalle tiene su significación: las orientaciones propuestas en los Ejercicios admiten y piden una cierta flexibilidad en su aplicación tanto por parte de la persona que da los ejercicios como de la persona que los hace.

Esta misma flexibilidad, no arbitrariedad, siempre «para mejor hallar lo que desea» el ejercitante, se muestra en la nota que propone de reducir las contemplaciones a cuatro en lugar de cinco, «porque algunas veces aprovecha» [133]. Y, además, es muy interesante la expresión repetida «hallar lo que desea la persona que se ejercita» [130,133], ya que indica que lo que dirige el itinerario de los ejercicios y los medios para realizarlos bien es el deseo de la persona, un deseo que es obra del Espíritu. «Tu oración es tu deseo», dice san Agustín.

Y con esta breve y sumaria declaración Ignacio deja al ejercitante y a la persona que da los Ejercicios.

8.2. Los años de la vida oculta

«El latir mudo del tiempo era también Dios» (José María Valverde).

Como hemos visto, para dos días enteros de Ejercicios, Ignacio propone

cuatro misterios, con un escueto contenido, sobre todo el referente a «la vida de Cristo nuestro Señor desde los doce años hasta los treinta» [271]. ¿Qué contempla el ejercitante durante una hora entera y en las repeticiones y aplicación de sentidos? La pregunta es pertinente porque a continuación, antes de entrar en las elecciones, Ignacio dará por supuesto que el ejercitante habrá contemplado este período de la vida del Señor en que vivía «en obediencia a sus padres» [135]. Además, los años nazaretanos de Jesús son un tiempo largo, de silencio y escondimiento, pero tienen especial trascendencia para la comprensión de la humanización de Jesús y para captar mejor el mensaje que comunicará en la vida pública. Y la vida de Jesús en Nazaret durante treinta años de vida corriente es de especial significación ya que condensan la existencia de la mayor parte de la humanidad que vive una vida humana sin atributos esenciales (familia, trabajo, situaciones corrientes de gozo y de dolor, sumisión a las circunstancias que les vienen dadas sin capacidad de elegir, etc.). «Gente de la calle», diría Madeleine Delbrêl,¹⁹ que experimentó y valoró el latir mudo del tiempo. Y, en este paso silencioso del tiempo, Dios sale al encuentro de todo el mundo. Es como la «soledad sonora», de san Juan de la Cruz. Dada, pues, la importancia que atribuyen los Ejercicios a este tiempo oculto de la vida de Cristo y de su trascendencia para el mundo de hoy, mundo de eficacia y pragmatismo, propongo a continuación algunas reflexiones que puedan ayudar en la proposición de los puntos.

8.3. Aproximarse a la vida oculta del Señor

Es bien sabido el problema que supone aproximarse a la vida oculta del Señor, estos treinta años de los que apenas sabemos nada: concepción, nacimiento, unos pocos episodios alrededor del nacimiento y luego Egipto, templo, y largos años de crecimiento humano y ante Dios. ¿De dónde se ha de nutrir el fundamento verdadero de la historia? Y, sobre todo, ¿cuál es el apoyo en el que el ejercitante alimenta su discurso personal para llegar a sentir y gustar internamente de manera suficientemente sólida y no arbitraria? Para responder a esta cuestión, me apoyaré en tres consideraciones que, a mi parecer, aportan luz y sendas útiles para la contemplación.

8.3.1. *El concepto de permisión*

Según el concepto antropológico de permisión, desarrollado por M. de Certeau, un determinado texto no sólo deja abiertos significados que se hallan implícitos en el sentido más literal de dicho texto, sino que permite interpretaciones a partir de una cierta coherencia o analogía con el texto fuente. Por ejemplo, se puede hablar de la multiplicación de los panes como un milagro o portento de verdadera multiplicación o, en sentido permisivo, de una dinámica de solidaridad que produce el prodigio de que el pan alcance a todos los hambrientos. Este fenómeno quizá no está justificado en el sentido primigenio del texto, pero el texto permite esta interpretación del milagro de la solidaridad.²⁰

8.3.2. *Exégesis creativa*

Partiendo de la misma naturaleza de la Biblia y de la exégesis se puede llegar a una forma imaginativa y creativa de leer el evangelio, de modo que sin traicionar el texto original, el ejercitante inventa ampliaciones, relatos, parábolas nuevas que iluminen lo que en el mismo texto está de alguna manera implícito o que lo extrapolan, sin traicionarlo. Es decir, esta forma de acercarse al texto evangélico no se ciñe a la exégesis formal, aunque, sin ignorar la interpretación científica, despegas de este terreno hacia la captación de nuevos sentidos. Este camino lo expone y justifica el exegeta Gerd Theissen dando alas a una lectura y comentario de la Biblia, no arbitrario, pero sí imaginativo y creativo: «Los textos son abiertos. Permiten una multiplicidad de explicaciones, pero no todas... No se debe esperar, por tanto, de la exégesis explicaciones estereotipadas, sino sólo proposiciones. Esto da libertad al predicador... Las predicaciones bíblicas han de seguir la gramática interna de los textos, sin por ello repetir la letra»²¹. Ignacio nos invita a una cierta creatividad cuando dice, por ejemplo, que descubramos con nuestra reflexión o que contemplemos lo que las personas hablan o pueden hablar.

8.3.3. *Leer la vida oculta desde la vida pública del Señor*

Suponiendo las dos maneras de acercarse al texto bíblico que acabo de exponer, otro modo de adentrarse en la contemplación de la vida oculta es hacerlo partiendo de lo que de una manera u

otra (más o menos explícita) se dice indirectamente de este largo tiempo de la vida de Jesús en la vida pública. No sólo que era carpintero o cuál era su familia, por ejemplo, sino lo que se advina en su manera de comportarse personalmente y de hablar, en las experiencias humanas y sensibilidad que revelan sus parábolas, en los rasgos de la persona que muestran sus relaciones personales, en su libertad ante la ley ante los poderosos, ante las prácticas rituales, en su sentido de pertenencia a un pueblo, etc. Todo esto deja entender algo de cómo sería la infancia y la juventud de Jesús: experiencia de trabajo manual y relación con el pueblo, conocimiento directo de situaciones de la vida (campesinos, familias, apuros económicos y pobreza, enfermedades, exclusión social de muchos, etc.), momentos de soledad, de oración, de participación en las prácticas religiosas de la gente, etc.

8.3.4. Algunas pistas concretas

De acuerdo con lo que precede, el período de Nazaret ofrece una rica fuente de experiencia espiritual de lo que puede llamarse la humanización de Jesús, experiencia espiritual muy importante para la vida cristiana y espiritual que

corre a menudo el peligro de refugiarse en paraísos espirituales (en lo distinto, en lo espiritual, en lo eclesial...). Así se puede contemplar a Jesús en medio del pueblo sencillo, participando en todos los aspectos de la vida de la gente, desde la de los niños hasta la de los adultos y ancianos; su vida de fe (oración, biblia, sinagoga, templo,...); vida de trabajo sencillo y no especializado, con lo que conlleva de sumisión a la materia y a las exigencias de los ritmos lentos; gozos y penas personales y de la gente... Se puede también contemplar el impacto educativo de María (con sus actitudes manifestadas en los evangelios) y de José, en su discretísima, pero importante vida de fidelidad al deber, su aguante de las inclemencias de la vida, la sumisión a las exigencias de la vida social... También puede contemplarse la inculturación del Señor, sintetizada en los misterios de Egipto, en el cumplimiento de la ley (circuncisión, purificación de María, subida al templo...)... Y, sobre todo, la centralidad del Padre en la vida corriente de Jesús.... Grandes cristianos contemporáneos como Charles de Foucauld, Antoine Chévrier, Madeleine Delbrêl, Abbé Pierre, etc. oraron, vivieron y escribieron desde su experiencia de la vida oculta de Jesús.²²

9. MIRADA AL CONJUNTO

9.1. Un proceso

Al terminar las contemplaciones precedentes de esta segunda semana, el ejercitante habrá realizado una inmersión en el proceso de la comunicación de Dios en Cristo.

En primer lugar, en el ejercicio del Reino, habrá vivido la experiencia de un cristianismo de *llamada personal*, porque Dios se nos comunica llamándonos personalmente a compartir con él un empeño de transformación del mundo. Y por esto, el cristianismo no es simplemente una forma de vivir éticamente, sino una relación personal, una alianza. Esta relación con un Dios que es Amor y Bondad choca evidentemente con las fuerzas del mal que andan en nuestro corazón, pero que tienen mil formas en el entorno de nuestra propia vida. Pero, la persona de Cristo que llama será quien dominará en el corazón del ejercitante y le llevará a una respuesta de amor sin medida.

En la contemplación de la Encarnación se entra en el misterio de un Dios que se hace historia, que en vez de desentenderse del mundo se implica en él, en la historia. Este es el contenido del proyecto que el ángel propone a María, para el cual le solicita su participación. En síntesis, misterio de Dios con el hombre, con el mundo, con la historia. Dios es el Emmanuel. El ejercitante aprenderá a encontrar a Dios no mirando al cielo, sino a la tierra.

En el nacimiento y en los años de vida oculta de Jesús, el ejercitante ha-

brá contemplado al Dios que nace «en suma pobreza» y que se revela en lo corriente y cotidiano de la vida. Así el seguimiento de Cristo deberá encarnarse en la vida desde la perspectiva de los pobres, porque es el lugar donde Dios se nos manifiesta y desde donde nos llama.

9.2. «Seguir e imitar» [109]

Ya me he referido a estos dos términos. En los Ejercicios «imitar» y «seguir» concurren con frecuencia en la experiencia espiritual. No creo que se pueda hacer una distinción plenamente adecuada de la significación de los dos términos en los Ejercicios, pero sí que en conjunto se descubren dos acentos que manifiestan dos facetas de nuestra relación existencial con Cristo.

a) *Imitar*. Este término indica más bien el aspecto de transformación personal en nuestra relación con Cristo. A veces indica unas actitudes de fondo: «imitaros» [98], «gracia para imitarle» [139], «imitar y parecer más actualmente» [167]. En otras ocasiones significa algunos aspectos particulares de la imitación, como «procure de imitarle» en el comer [214] o «imitar en el uso de sus sentidos» [248] o bien (aunque sin usar el verbo imitar) «cuanto más se acercare» a Cristo modelo «en lo que a su persona y estado de casa toca» [344]. Además, de alguna manera, se trata de imitar a Cristo en el compartir los dolo-

res de la Pasión o la gloria y gozo del Resucitado [EE 193,203,206,221,229].²³

b) *Seguir*. Tiene una significación más dinámica, referida a la acción, al apostolado, al compromiso. Así: en la llamada del Rey Eternal: «siguiéndome», «me siga» [95]; en la petición propia de segunda semana, «más le ame y le siga» [104] y en la adición también propia de segunda semana, «más le amar y seguir» [130]. De modo implícito aparece en el «conmigo» del Rey Eternal [95].²⁴

c) *En síntesis*. *Imitar* no es tanto repetir, sino responder a una invitación creativa del Señor; una creatividad obediente al que no es modelo, sino principio inspirador de una manera de ser. Mientras que *seguir* es una manera de prolongar en la historia al Señor que pasó haciendo el bien y curando (cf. Hechos 10,38). En conclusión, se puede decir que la vida del discípulo ha de ser a la vez «más seguir e imitar» al Señor nuestro [109].

10. PASO A LA ELECCIÓN [EE 135]

[135] PREÁMBULO PARA CONSIDERAR ESTADOS.

Ya considerando el ejemplo que Cristo nuestro Señor nos ha dado para el primer estado, que es en custodia de los mandamientos, siendo él en obediencia a sus padres, y asimismo para el segundo, que es de perfección evangélica, cuando quedó en el templo, dejando a su padre adoptivo y a su madre natural, por vacar en puro servicio de su Padre eternal; comenzaremos juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir su divina majestad; y así para alguna introducción dello, en el primer ejercicio siguiente veremos la intención de Cristo nuestro Señor y, por el contrario, la

del enemigo de natura humana; y cómo nos debemos disponer para venir en perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir.

Como se ha dicho más arriba, para entrar en elección se supone haber contemplado a fondo la vida oculta del Señor. Porque para Ignacio, los años de Nazaret son un tiempo en que Jesús dejó esbozados con su vida los dos estados en que se puede vivir la vida cristiana: mandamientos y perfección evangélica. Evidentemente, el pensamiento de Ignacio no es el que se impuso en la Iglesia con el Vaticano II, cuando se han desdibujado los límites entre la vida según los mandamientos y según los con-

sejos, a cuya práctica están llamados muchos cristianos aunque no sean personas especialmente consagradas en la vida monástica, religiosa u otras formas de vida. Sin embargo, Ignacio es consciente de que los consejos no sólo se pueden vivir en estado de vida religiosa, sino también en múltiples situaciones de vida, según él mismo dice en los directorios.²⁵ Es más, aunque para él parece que en sí es mejor el medio de «los consejos» para llegar a la perfección evangélica,²⁶ sin embargo esto es así si se considera la forma de vida en sí misma, pero no respecto de cada persona que ha de elegir, ya que todas ellas están llamadas a la perfección. De aquí que de entrada hay que ver si Dios llama al ejercitante al camino considerado más *eficaz*, pero si no es así, Dios le si-

gue llamando a la *perfección evangélica*.

A partir de ahora el ejercitante, mientras sigue contemplando la vida del Señor comenzará a «investigar y a demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir su divina majestad». Por tanto, se supone que el ejercitante está ya bastante dispuesto para «investigar», es decir, para descubrir la voluntad de Dios mediante el discernimiento de sus mociones y pensamientos, para lo cual el acompañante le habrá ido instruyendo de modo oportuno sobre el discernimiento. Conviene, pues, antes de pasar a los ejercicios que propone Ignacio, detenernos en sus orientaciones sobre el discernimiento contenidas en las reglas de primera y segunda semana.

II. REGLAS DE DISCERNIMIENTO

Una vez terminadas las contemplaciones de la vida oculta del Señor, los Ejercicios proponen entrar en el proceso de elección: «investigar en qué vida y estado...» [135]. Para realizar esta búsqueda se da por supuesto que el ejercitante ha adquirido ya una buena práctica de discernimiento.

Efectivamente, a medida que la experiencia espiritual de la primera semana y los tres días y medio de la segunda semana lo pedían, el ejercitante, convenientemente apoyado por la instrucción del que da los ejercicios, habrá ido aplicando la sabiduría espiritual del discernimiento de mociones y pensamientos. Según las anotaciones [8,9,10], la persona que da los ejercicios ha de proporcionar al ejercitante las orientaciones oportunas a medida que en él van apareciendo las mociones o pensamientos distintos. Y, el no hacerlo de acuerdo con cada momento de la experiencia interior del ejercitante, puede ser perjudicial [9:4]. Y si el ejercitante no sintie-

se ninguna agitación interior, la persona que da los ejercicios debería estar muy atenta para ayudar a descubrir las causas de esta ausencia de movimientos interiores [6]. Esto no quita que en algún momento se puedan dar, en forma de síntesis, todas las reglas ignacianas o un grupo de ellas.

En consecuencia, antes de entrar en el comentario de las meditaciones y contemplaciones propuestas para el cuarto día de segunda semana y siguientes, conviene detenernos en el análisis de las reglas ignacianas de primera y segunda semana, ya que su conocimiento práctico es imprescindible para la elección que seguirá.

1. ALGUNAS ACLARACIONES PREVIAS

Sin embargo, antes de entrar en el comentario de las mismas reglas conviene explicar una serie de términos que aparecen y se repiten y, además, explicar el sentido de las reglas mismas.

a) Mociones, pensamientos y espíritus:

– «Mociones». Son experiencias espirituales sin contenido mental en sí mismas, aunque pueden ser originadas por algún pensamiento o incluirlo. Conviene también precisar que las mociones de que se habla en esta parte de los Ejercicios no pretenden abarcar todo el campo de las mociones espirituales que Dios, en su inmensa bondad y originalidad, causa en las personas.

– «Pensamientos». Son experiencias espirituales en forma de luces, ideas, deseos, etc. En el desierto, los discípulos que acudían a Padres o Madres experimentaban *kinémata* y *logismoi*, que iban discerniendo con la ayuda de un *Abbas* o una *Amma*.

– «Espíritus». Seguramente son las mismas mociones o pensamientos, pero destacando su dimensión trascendente. Por esto, en la práctica podemos decir que «espíritu es el equi-

valente virtual de moción» (Hervé Coathalem). «Se trata en realidad de todo tipo de mociones: el ser iluminado, el ser movido y agitado, el ser asaltado y tentado, etc. A lo largo de los ejercicios, no son los espíritus los que desempeñan el papel principal, sino las mociones»²⁷. Sin embargo, matizando algo más, hay que decir que tanto mociones, como pensamientos y espíritus indican los síntomas que se dan en el ejercitante a través de los cuales ha de hacer su *diagnóstico*, es decir, reconocer su significado. «Unos movimientos (mociones) en los que la persona no es sujeto agente, sino paciente, y que estas mociones están estrechamente vinculadas a la experiencia espiritual, a la transformación interior que provoca la búsqueda de Dios»²⁸.

b) Las reglas no exponen una teología, ni una psicología sobre el tema, sino una sabiduría práctica, naturalmente bien fundada teológica y psicológicamente. Su ayuda consiste en una iniciación espiritual para saber distinguir el sentido de lo que se experimenta y para poder reaccionar de forma evangélica. En este sentido las reglas contienen una sabiduría psicológica y teológica muy notable.²⁹

2. REGLAS DE PRIMERA SEMANA [EE 313-327]

[313] REGLAS PARA EN ALGUNA MANERA SENTIR Y CONOCER LAS VARIAS MOCIONES QUE EN EL ÁNIMA SE CAUSAN: LAS BUENAS PARA RECIBIR Y LAS MALAS PARA LANZAR; Y SON MAS PROPIAS PARA LA PRIMERA SEMANA.

[314] 1ª regla. En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el sindérese de la razón.

[315] 2ª regla. En las personas que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo, es el contrario modo que en la primera regla; porque entonces propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos inquietando con falsas razones, para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante.

[316] 3ª regla. La tercera de consolación espiritual: llamo consolación cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la qual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y consecuente

cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Asimismo cuando lanza lágrimas motiva a amor de su Señor, agora sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente, llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor.

[317] 4ª regla. La cuarta de desolación espiritual: llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como oscuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. Porque así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación.

[318] 5ª regla. En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen

espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar.

[319] 6ª regla. Dado que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es en instar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia.

[320] 7ª regla. El que está en desolación, considere cómo el Señor le ha dejado en prueba en sus potencias naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo; pues puede con el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta; porque el Señor le ha abstraído su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole tamen gracia suficiente para la salud eterna.

[321] 8ª regla. El que está en desolación, trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como está dicho en la sexta regla.

[322] 9ª regla. La nona: tres causas principales son porque nos hallamos desolados: la primera es por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales, y así por nuestras faltas se aleja la consolación espiritual de nosotros; la segunda, por probarnos para cuánto somos, y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y crecidas gracias; la tercera, por darnos vera noticia y conocimiento para que internamente sintamos

que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y porque en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la espiritual consolación.

[323] 10ª regla. El que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces.

[324] 11ª regla. La undécima: el que está consolado procure humiliarse y bajarse cuanto puede, pensando cuán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación. Por el contrario, piense el que está en desolación que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor.

[325] 12ª regla. El enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado, porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo, dando huída cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huír perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, dando huída sus tentaciones, cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el opósito per diametrum; y por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder

ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana, en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia.

[326] 13ª regla. Asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto: porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o una mujer de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y el contrario le displace mucho, cuando la hija al padre o la mujer al marido descubre sus vanas palabras y intención depravada, porque fácilmente collige que no podrá salir con la impresa comenzada: de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando las descubre a su buen confesor o a otra persona espiritual, que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa: porque collige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifestos.

[327] 14ª regla. Asimismo se ha como un caudillo, para vencer y robar lo que desea; porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.

Las reglas de primera semana responden a situaciones más bien incipientes de la vida espiritual, las de aquella persona «que en cosas espirituales no haya sido versado» o «es tentado grosera y abiertamente» [EE 9,1-2]. Es más, puesto que las personas ya adelantadas en el camino espiritual no será preciso que se detengan mucho en la primera semana,³⁰ tampoco necesitarán tanto de la ayuda de estas reglas. Siempre en el bien entendido que ocasionalmente la pueden necesitar, puesto que las reglas «son más propias para la primera semana», pero no exclusivas. Sin embargo, para personas poco iniciadas en la vida espiritual, mucho «le aprovecharán las de primera semana» [9]. El testimonio de las primeras ejercitantes de Alcalá, mujeres muy sencillas y poco iniciadas en la vida espiritual, lo avala plenamente.³¹ Estas reglas, y también las de la segunda semana, son una educación de la afectividad y ayudan a progresar en el sentido de lo real, en la lucidez del conocimiento y en la libertad respecto de lo que nos condiciona o puede condicionarnos. Las de primera semana tienden más bien a ordenar la sensibilidad y la voluntad, mientras que las de segunda semana ayudan a iluminar la inteligencia con la sabiduría de Cristo.

2.1. Título [EE 313]

En el título se indica una triple acción del ejercitante:

- *Sentir*: darse cuenta, estar atento. Esto es propiamente el silencio en su sentido más profundo, es decir, la capacidad de atención.

– *Conocer*: distinguir, identificar la dirección o sentido de lo que se experimenta.

– *Recibir/Lanzar*: saber reaccionar a las mociones, puesto que se trata de un conocimiento o sabiduría orientada a la práctica y no simplemente de un análisis de la interioridad.

Y, como para proceder adecuadamente en la experiencia espiritual, se pueden dar orientaciones o pistas, pero no unos recursos precisos o infalibles, el título de la Reglas añade un matiz que relativiza algo el valor de las mismas: «para en alguna manera...». En todo el proceso de la experiencia espiritual, podemos tener una gran confianza en Dios, pero no llegar nunca a *dominar* el arte de la vida espiritual.

Finalmente, también dentro de este mismo margen de la modestia, las reglas que ahora se proponen «son más propias para la primera semana». Aunque, ciertamente, no se pueden hacer clasificaciones tajantes en el itinerario de la vida espiritual.

2.2. Punto de partida [EE 314-315]

2.2.1. *La polivalencia de los sentimientos espirituales*

«No os fiéis de cualquier espíritu...» (1Jn 4,1). Conviene no caer en el espejismo de creer que todo sentimiento tranquilizante o pacificador es cosa de Dios; o, a la inversa, que lo que nos inquieta es contrario a la acción de Dios. Por tanto, para identificar la significación de nuestros sentimientos, sean bloqueadores o sean alentadores, hay que tener conciencia clara de cuál es el sentido o di-

rección profunda y habitual de nuestra vida. Porque, naturalmente, si la dirección de la vida es de alejamiento serio y continuado de la senda evangélica, todo lo que inquieta va en la línea de la acción de Dios, y contra la acción de Dios lo que tranquiliza. Pero si la vida se mantiene en una fidelidad habitual a lo más esencial del evangelio, todo lo que da paz o estímulos para seguir en la misma dirección es manifestación de la acción de Dios; y, al contrario, lo que desalienta o bloquea. Dada la importancia de la línea habitual y profunda de vida cristiana del ejercitante en orden a interpretar la significación de las distintas mociones, puede ser útil ya al comienzo de los Ejercicios que la persona que los da explique que suelen darse dos tipos de personas y también dos tipos de mociones.

2.2.2. «El *sindérese* de la razón»

A la persona que lleva una vida contraria al evangelio lo que le retiene en su mala vida son los «placeres aparentes». En cambio, puesto que el bien no puede resultarle agradable, ya que tiene el gusto espiritual estragado, sólo reacciona a partir de la inquietud que le brota no de placeres contrarios a los que le retienen en el mal, sino mediante «el *sindérese*»³² de la razón, es decir, el juicio razonable que le descubre el mal en el que se ha afincado con deleite.

2.3. Consolación espiritual y desolación espiritual [EE 316-317]

2.3.1. *Espirituales*

Se trata de dos tipos de mociones *espirituales*, es decir, que aunque tengan

componentes psicológicos, su impulso afecta a la vida espiritual, a la vida evangélica, favoreciéndola o dificultándola. Son la repercusión experimental de la vida de fe, la cual se mantiene aunque no se den mociones como éstas. Es decir, son mociones que se producen en las «potencias naturales» [EE 320].

2.3.2. *Consolación*

La consolación espiritual abarca una amplia gama de vivencias espirituales que van desde lo más sublime a lo más sencillo. Por ejemplo, «inflamarse en amor de su Criador y Señor», «cuando ninguna cosa criada... puede amar en sí, sino el Criador de todas ellas»³³, «lágrimas motivadas a amor de su Señor», «toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales». Sin embargo, estas descripciones de ningún modo indican estados espirituales *extraordinarios*, que no se den en una vida cristiana corriente sería. «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra: tú revelas a los sencillos estos misterios que has escondido a los sabios y entendidos....» (Lc 10,21). La acción de Dios, siempre es del más alto nivel en nuestras vidas, es sublime en lo pequeño. «*Non coerceri maximo, contineri autem a minimo, divinum est*». Y, desde luego, para Ignacio, la consolación, aún la más aparentemente sencilla, es don del Espíritu Santo.³⁴

A la vista de esta doctrina, se ha de evitar que el ejercitante espere que se produzcan en los ejercicios sentimientos especialmente intensos, *llamaradas* espirituales, y, si se dan estos sentimientos, el acompañante ha de estar alerta para que no se apegue a ellos. Con

todo, es muy corriente que la persona que vive una vida cristiana de fidelidad habitual a la voluntad de Dios, se halle en estado de consolación espiritual. Es más, las lágrimas no son algo muy excepcional e Ignacio, que las presenta como una consolación, tuvo este don en grado extremo. Según la tradición cristiana oriental, junto al bautismo-sacramento, existe el bautismo de las lágrimas. En cualquier caso, para Ignacio las lágrimas son preferibles a penitencias corporales excesivas.³⁵

2.3.3. *Desolación*

Como dicen los Ejercicios, «es todo el contrario» de la consolación. Aunque, dado que las manifestaciones de la desolación responden a experiencias o mociones que se manifiestan «grosera y abiertamente» [9], es más fácil comprenderla. En efecto, oscuridad en el alma, turbación, moción a cosas bajas, pereza, tristeza, etc. son mociones experimentadas por muchos.

2.3.4. *Dos inclinaciones, no dos niveles de vida espiritual*

Es importante subrayar que ni la consolación indica un nivel alto o más elevado de vida espiritual, ni la desolación lo contrario. Se trata de dos mociones con sentido opuesto, pero que se dan en momentos distintos de la vida espiritual. Por ejemplo, santa Teresa del Niño Jesús o Pedro Arrupe o la Madre Teresa de Calcuta vivieron desolaciones muy duras en los últimos tiempos de su vida, cuando, por supuesto, su vida espiritual había alcanzado niveles muy elevados.³⁶ Ahora bien como «los pensamientos

que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación», la persona que vive estas mociones, en la medida en que sepa «recibir» unas y «lanzar» otras, progresa en el camino de la vida espiritual. Una y otra situación son ocasión de avance en la vida cristiana. En un caso, las dificultades son tentación de impotencia en el otro de prepotencia. Son dos claves del dinamismo espiritual.

2.4. En tiempo de desolación [EE 318-322]

Es importante no vivir la desolación *a la defensiva*, sino como un tiempo propicio para progresar en la vida de fe: en la fe, en la esperanza y en el amor. Así las reglas no son una especie de gimnasio espiritual en el que uno se ejercita para no sucumbir a la tentación y fortalecerse, sino como una forma sencilla de maduración en lo esencial de la vida cristiana, que es la vida teologal, a través de circunstancias muy corrientes en nuestro cotidiano vivir. Porque, además, lo que ocurre en Ejercicios es lo que suele ocurrir a menudo en circunstancias distintas, en la vida de cada día. El ejercitante ha de persuadirse que todo momento es «tiempo de gracia», «tiempo favorable», verdadero *kairós* (cf. 2Cor, 6,2).

2.4.1. «Nunca hacer mudanza»

Esta expresión que es como el *abc* del camino espiritual, y que ha pasado al patrimonio de la espiritualidad cristiana y de la sabiduría universal, requiere entenderse bien. Puesto que la persona que

se halla en desolación está movida en la dirección del «mal espíritu», debe resistir sin «hacer mudanza». Es un consejo de buen sentido no tomar decisiones en momentos de oscuridad, de turbación, de niebla espiritual... Y todo el mundo sabe que principios de vida muy elementales son los que se olvidan en los momentos en que se deberían aplicar. Sin embargo, esto no significa que no se deba hacer ya ningún cambio, sino sólo que el tiempo de desolación no es el momento de hacerlo. Además, esta perseverancia en lo determinado, ya que el cristianismo es una vida de alianza con Dios, es una expresión de la fidelidad al Señor que nos ama.

2.4.2. El «más» del amor

Resulta muy provechoso no sólo resistir a la desgana, a la oscuridad, al miedo y otras manifestaciones que son propias de la desolación, sino hacerles frente con decisión e incluso, con resistencia activa, ir más allá de lo que es debido. Es algo parecido a lo que ocurre en la vida humana corriente, por ejemplo, en la amistad, en la vida matrimonial o en el desempeño de la profesión, donde se dan también situaciones de *desolación*, que se superan haciéndoles frente con decisión y llevándoles la contra con más dedicación de tiempo, con mayor interés y entrega, poniendo más imaginación en la atención a las personas... Esta forma de reaccionar en la vida espiritual no sólo es muy válida para mantenerse en el camino del bien sin retroceder, sino que es una forma de afianzarse y crecer en el amor al Señor, «afectándose más», diría Ignacio. Entre las formas

de resistencia espiritual, en Ejercicios, es muy útil la constancia en la oración, la perseverancia en el tiempo señalado y también hacer algún tiempo extraordinario de oración.

2.4.3. *Fe y confianza*

La desolación es una prueba que se vive en «las potencias naturales», pero no es de ningún modo una ausencia o abandono de Dios. Por esto, es un tiempo en que la fe se puede purificar, arraigando en Dios mismo y no en sus gustos. Nos hallamos en medio de la tormenta como los discípulos en la barca o como los israelitas en el desierto y la tentación es la tendencia a desfallecer en la fe o a buscar *becerros de oro* que den una seguridad fuera de Dios. La fe en Dios que es el verdadero apoyo de nuestra vida, ya que cualquier persona «puede mucho con la gracia suficiente» [324], puede madurar mucho en medio de la tempestad de la desolación. En definitiva, la confianza de que Dios no nos va a faltar puede purificarse y crecer en momentos de desolación si sabemos reaccionar convenientemente. «Sencillamente, sin miedo alguno. Cuanto más te abandonas, más se te llevará» (Hélder Cámara).

2.4.4. *Esperanza*

La desolación no suele ser agradable (aunque hay estados de desolación en forma de atonía, que no suelen ser desagradables) y, por tanto, no ceder a ella supone paciencia, que significa dolor y espera. Por tanto, lo que se ha dicho de resistir y reaccionar más allá de lo debido, pide paciencia, soportar lo desagra-

dable y la espera. Con todo, no basta una actitud espiritual defensiva, sino que, además del amor y de la fe, el ejercitante puede madurar en esperanza, pensando «que será presto consolado». Es la actitud contraria a la de los discípulos de Emaús, que se dejaron llevar por la oscuridad del momento de la muerte de Jesús y sucumbieron a la desesperanza y, por esto, huían de Jerusalén, precisamente el lugar del encuentro con el Señor. La esperanza sostiene la perseverancia y es una esperanza activa.

2.4.5. *¿Por qué nos hallamos desolados?*

Las causas inmediatas de la desolación son muy difíciles de precisar, y probablemente Ignacio usa aquí el término «causa» en un sentido muy general, que claramente indica la conexión que se da entre la desolación y determinadas situaciones personales de vida espiritual. Porque cuando una persona cede a la pereza o a la desgana en las cosas espirituales, cuando lleva un cierto abandono en la práctica de la vida cristiana, es claro que el gusto espiritual tiende a disminuir y a desaparecer. En paralelismo con lo que sucede en la vida humana (amistad, matrimonio, trabajo, apostolado, etc.), donde, en la medida en que aflojamos en nuestras actitudes y comportamientos, nuestra vida se nos va haciendo más pesada, menos atractiva, hasta incluso puede hastiarnos. También la desolación espiritual es una ocasión y un test de nuestra gratuidad en la relación con Dios en la oración y en todos los aspectos de la vida, que ha de ser vivida evangélicamente. Los momentos

de sequedad espiritual, cuando la relación con Dios se nos hace árida y poco atractiva, son una buena oportunidad para mostrar que se obra por Dios y no por el placer espiritual. Algo semejante aparece en las relaciones personales, cuando nos resultan pesadas o dificultosas, es un buen momento para expresar la gratitud del amor o del servicio. De este modo, los Ejercicios ayudan no sólo a progresar en nuestra relación con Dios, sino también en cualquier forma de relación humana. La desolación espiritual, además, puede ayudar a tomar conciencia de nuestra radical pobreza, es decir, de que todo es gracia y que por tanto nosotros no dominamos a Dios y a sus dones. Y así, es una invitación a despegarnos de las aparentes seguridades en las que muy a menudo ponemos nosotros nuestra fuerza, a no «poner nido» en nada que no sea Dios.

2.5. «El que está en consolación» [EE 323-324]

También la consolación es un estado espiritual en el que se puede crecer o se puede retroceder en el camino evangélico. Pero, puesto que es un don del Espíritu, hay que agradecerlo, pero de modo activo, es decir, guardándolo en el corazón con todo amor, sabiendo que los momentos de consolación que no son permanentes, se convierten, a través de la memoria, de la *anámnesis*, en referentes privilegiados para los momentos de desolación, que no faltarán.

Además, conviene que la persona que se ejercita reconozca humildemente el don de la consolación como verda-

dera gracia que se le da y no como una conquista obtenida por su obra o esfuerzo, ya que le basta recordar lo frágil que uno es en el momento de la desolación. La humildad de este reconocimiento, si tuviese el aire negativo de encogimiento o alguna forma de tristeza y no procediese del mismo gusto de la consolación, experimentada como algo recibido, degradaría la naturaleza de la misma consolación que por su naturaleza es un impulso positivo. La humildad de la consolación ha de ser como la humildad de María que confiesa las maravillas que Dios hace en su vida, «en su humildad». En cualquier caso, la experiencia muestra que momentos de consolación pueden ser momentos de engreimiento y autosatisfacción, como en el caso del fariseo de la parábola evangélica (cf. Lc 18,11-12). Y cuando las consolaciones se dan en la vida de cada día, fuera de los Ejercicios, pueden ser o momentos de gracia, un regalo, para las personas que rodean a la persona agraciada, que puede irradiar o contagiar paz, serenidad, gozo, etc. Aunque también, si esta persona no sabe vivir bien la consolación en la vida, puede convertirse en una persona prepotente, intolerante, desdeñosa, etc.

Al final de las breves indicaciones sobre la consolación, parece que Ignacio, como guía espiritual, quiere ayudar, desde la perspectiva de la consolación, a reaccionar bien en los momentos de desolación, que suelen ser los más peligrosos. Por esto, vuelve a recordar que en la desolación dispone de «la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Creador y Señor».

2.6. Tres advertencias finales [EE 325-327]

Al final de la serie de reglas, Ignacio añade tres orientaciones prácticas con una excepcional abundancia de imaginación. El mal espíritu, espíritu de miedo y cobardía, cede inmediatamente ante la persona que le planta cara decididamente al punto de sentir su tentación, yendo incluso hacia lo contrario de lo que se le sugiere. En cambio, si uno se acobarda y cede, acaba cayendo en las seducciones del mal espíritu. Otra observación práctica, el mal espíritu desea que sus insinuaciones y tentaciones se mantengan bien ocultas, de modo que cuando la persona que experimenta alguna astuta seducción suya se encierra en sí misma y la mantiene oculta, acaba enredado en las maquinaciones del mal espíritu. Y, finalmente, otra observación apunta a la necesidad de ser muy conscientes de los puntos flacos de nuestra vida cristiana, porque por este flanco más vulnerable va a vencernos el mal espíritu.

Al terminar el breve comentario de estos apuntes elementales e importantes de vida espiritual, es bueno hacer dos observaciones. Primero, destacar que la comparación de la regla 12ª [325], que ofende al más elemental sentido feminista, tiene una obvia explicación en los tópicos de una época que de modo inconsciente se fueron transmitiendo durante muchas generaciones hasta hace muy pocos años. Unos tópicos a los que no fueron ajenas mujeres de gran altura humana y espiritual como Teresa de Jesús.³⁷ Por lo demás, la relación de Ignacio con las mujeres fue muy delicada y respetuosa, como lo muestra la bien conocida obra de Hugo Rahner sobre la correspondencia ignaciana con mujeres. Y otra observación: dentro de la demonología en la que se mueve la teología de Ignacio hay que destacar la calificación constante de «enemigo» y «enemigo de natura humana» que emplea el santo. En efecto, para Ignacio el diablo es lo que daña profundamente a la persona humana.

3. REGLAS DE SEGUNDA SEMANA [EE 328-336]

«Cuando el que da los ejercicios siente que el que los recibe es batido y tentado debajo de especie de bien, entonces es propio de platicarle sobre las reglas de la segunda semana» [EE 10]. Esta anotación, ya comentada en su momento, completa la anterior en la que dice

que no se platicuen estas reglas de segunda semana a quien se halla poco versado en las cosas espirituales, «porque cuanto le aprovecharán las de la primera semana, le dañarán las de la segunda» [EE 9]. Unas observaciones que es bueno recordarlas en plena práctica de

los ejercicios para no sucumbir al espejismo de poner excesiva fe en exposiciones completas y quizá brillantes de las reglas a destiempo, ya que las reglas propuestas fuera de la situación concreta personal del ejercitante «dañarán».

Ser tentado debajo de especie de bien es característico de personas ya avanzadas en la vida espiritual, porque ordinariamente no sucumbirán a tentaciones que se presentan «grosera y abiertamente» y, en cambio, pueden y suelen ser seducidas por solicitudes aparentemente positivas, que a la corta o a la larga desvían del buen camino de la vida evangélica. La experiencia de Ignacio se halla debajo de las orientaciones aquí propuestas, al igual que debajo de las reglas de primera semana, como consta en su relato autobiográfico del modo «como Dios le había dirigido desde el principio de su conversión»³⁸. Con todo, la experiencia personal de Íñigo, a la hora de formularla en las reglas, se completó con las lecturas y estudios posteriores.³⁹

[328] REGLAS PARA EL MISMO EFECTO CON MAYOR DISCRECIÓN DE ESPÍRITUS, Y CONDUCEN MÁS PARA LA SEGUNDA SEMANA.

[329] 1ª regla. La primera: propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación, que el enemigo induce; del qual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias.

[330] 2ª regla. La segunda: sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación

a la ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto, por el cual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad.

[331] 3ª regla. Con causa puede consolar al ánima así el buen ángel como el malo, por contrarios fines: el buen ángel, por provecho del ánima, para que crezca y suba de bien en mejor; y el mal ángel para el contrario, y adelante para traerla a su dañada intención y malicia.

[332] 4ª regla. Propio es del ángel malo, que se forma *sub angelo lucis*, entrar con la ánima devota, y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura de salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

[333] 5ª regla. Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima, quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna.

[334] 6ª regla. Cuando el enemigo de natura humana fuere sentido y conocido de su cola serpentina y mal fin a que induce, aprovecha a la persona

que fue dél tentada, mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le truxo, y el principio dellos, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia conocida y notada, se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños.

[335] 7ª regla. En los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor, tocan los sobredichos espíritus contrario modo; cuya causa es la disposición del ánima ser a los dichos ángeles contraria o símile; porque cuando es contraria, entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente; y cuando es símile, entra con silencio como en propia casa a puerta abierta.

[336] 8ª regla. Cuando la consolación es sin causa, dado que en ella no haya engaño por ser de solo Dios nuestro Señor, como está dicho, pero la persona espiritual, a quien Dios da la tal consolación, debe, con mucha vigilancia y atención, mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación, del siguiente en que la ánima queda caliente, y favorecida con el favor y reliquias de la consolación pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo por su propio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu o por el malo forma diversos propósitos y pareceres, que no son dados inme-

diatamente de Dios nuestro Señor; y por tanto han menester ser mucho bien examinados, antes que se les dé entero crédito ni que se pongan en efecto.

3.1. Título [EE 328]

Supuesto que estas reglas tienen la misma finalidad que las de primera semana («para el mismo efecto»), es decir, «sentir, conocer y recibir o lanzar» ¿a qué se refiere la «mayor discreción» y los «espíritus»? La «discreción» aquí significa discernir o identificar los movimientos interiores. Sorprende que no se use el término discernir o discernimiento, porque de hecho la discreción tiene propiamente el sentido de moderar.⁴⁰ Aquí, con todo, la palabra discreción referida a espíritus significa sin duda discernir, es decir, identificar o descifrar. En cuanto a «espíritus», también según la explicación hecha más arriba, se refiere a las mociones o a los pensamientos interiores, que son impulsos o atractivos que experimenta la persona que se ejercita. Ahora bien, al hablar de espíritus en segunda semana, muy probablemente Ignacio quiere significar la sutileza de las mociones o pensamientos de que se trata, ya que es «materia más sutil» [EE 9]. Supuesto todo esto, no sorprende que la discreción requerida en este momento de la experiencia de los ejercicios sea «mayor».

3.2. Un primer principio [EE 329]

Terminada ya la primera semana de Ejercicios, es de esperar que quien los practica se halle en situación de mayor

estabilidad en su respuesta al Señor y viva en un clima más espiritual y de menor dependencia de las reacciones incontroladas de la sensibilidad. Por tanto, estará más preparado para reconocer la manera como Dios se comunica. Porque lo propio de Dios es «dar verdadera alegría y gozo espiritual» y, por lo contrario, quitar «toda tristeza o turbación que el enemigo induce». Y lo propio del enemigo es luchar contra estas mociones tan liberadoras y gratificantes que Dios comunica. Naturalmente, este principio es evangelio puro, ya que Jesús nos da la paz que nadie puede dar, o una alegría completa, una alegría que nadie nos puede quitar.

La aportación de Ignacio es situar esta doctrina evangélica en el proceso de los Ejercicios como criterio de discernimiento y, además, distinguir entre la verdadera alegría y la engañosa. Se comprende, pues, que Ignacio hable de «mayor discreción», ya que se trata de discernir unas mociones no tanto por sus efectos, como por su calidad. Es cuestión de un *oído espiritual* más afinado que capta los matices de los sentimientos espirituales, «verdadera alegría y gozo *espiritual*», al igual que Jesús da un gozo «que sólo él puede dar» o «su» alegría que es una alegría «completa». Evidentemente, el buen *oído* sólo se cultiva escuchando a menudo la voz del Espíritu en la contemplación, que es una forma de inmersión en el misterio de Cristo. Por esto, la persona que da los ejercicios ha de acompañar con delicadeza y finura espiritual el proceso de la contemplación del ejercitante, porque será «juntamente contemplando» [EE 135] como progresará en el conoci-

miento de la acción de Dios en su vida. Y la *duración* será una manifestación del origen divino de una moción. Ya en Loyola, Íñigo advirtió que los sentimientos de consolación que experimentaba con sus ensueños caballerescos eran de breve duración, mientras que los que sentía al leer la vida de Jesús y las de los santos, arraigaban de forma duradera en su alma.⁴¹ Otro síntoma de la verdad de una consolación es que llevan al sujeto que la experimenta a *salir de sí mismo* a abrirse a los demás y al mundo.

3.3. Consolación sin causa precedente (CSCP) [EE 330 y 336]

El tipo de consolación aquí descrito por Ignacio ha producido una diversidad inmensa de interpretaciones y de perplejidades. ¿Se trata de una experiencia extraordinaria fuera de lo que es corriente en la vida de fe cristiana? Esta consolación ¿excluye toda «causa precedente» o sólo «determinadas» causas precedentes (conscientes o relacionadas con el objeto de la consolación)? Distintas aproximaciones se han realizado desde ángulos variados de la teología, la psicología y el análisis lingüístico.⁴²

A mi entender, teniendo en cuenta la gran variedad de aproximaciones al texto ignaciano, hay que mantener estos puntos fundamentales para una interpretación sólida y la aplicación provechosa de esta regla:

- La CSCP es una comunicación muy notable de Dios, pero no de carácter extraordinario. En ella se experimenta de modo particular *la iniciativa y la gratuidad de Dios en la*

propia vida, porque «es propio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella...». A este propósito, me parece muy acertado el título de la obra de Jean Gouvernaire, *Quand Dieu entre à l'improviste*.

– Es una *experiencia de amor*, con carácter *totalizador*, ya que el alma se siente toda ella plenamente captada por Dios en su amor: «trayéndola toda en amor de la su divina majestad».

– No media *ningún pensamiento o sentimiento previo consciente que tenga relación y proporción* con la experiencia espiritual de la consolación que embarga al ejercitante. En esto consiste la circunstancia expresada por «sin causa precedente».

– Pero esta experiencia no implica una acción de Dios fuera de la conciencia, ya que en lo más profundo del hombre, en lo más íntimo de la conciencia radica esta presencia de Dios que puede «entrar» y «salir». La voz más humana que resuena en el corazón del hombre, es también la más divina.⁴³

Es bastante sintomático que una referencia a santo Tomás de Aquino se halla tachada en el *Autógrafo* de los Ejercicios y no aparece en la *Vulgata*⁴⁴. Probablemente Ignacio quiso evitar que se encuadrara esta experiencia en una interpretación teológica determinada, ya que su fundamento se halla en la misma vida espiritual de Ignacio y en su práctica de acompañante de Ejercicios Espirituales.⁴⁵

Esta consolación, sublime y ordinaria a la vez, nos habla de la altura espi-

ritual a la que está llamada cualquier persona que se deja llevar por la fuerza del Espíritu, el cual nos recuerda la vida y palabra de Jesús y nos va llevando a la verdad completa (cf. Jn 14,26;16,13).

Ahora bien, pasada esta consolación y con el calor de la experiencia, uno ha de estar muy atento a los pensamientos y a los propósitos que pueda sentirse inclinado a hacer, ya que en este período no interviene sólo Dios, sino el pensamiento personal del ejercitante y su voluntad. Es decir «forma diversos propósitos y pareceres que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor» [336].

3.4. Consolación con causa [EE 331-335]

Cuatro reglas para la situación en que el ejercitante experimenta la consolación espiritual con causa. Notemos cómo en las reglas de primera semana predominan las orientaciones sobre la desolación, porque la desolación es quizá lo que más ha de combatir el ejercitante en primera semana. El hecho de centrarse ahora sólo en la consolación parece indicar que en segunda semana se han de dar más consolaciones espirituales que en la primera y estas consolaciones son las que requerirán más discreción, porque el ejercitante no es «tentado grosera y abiertamente» y por tanto ha de prevenirse de los engaños, que sólo le podrán acechar «bajo especie de bien».

3.4.1. Un primer principio práctico [331]

Aunque sólo Dios puede entrar en el centro del alma de una persona, sin in-

mediario alguno, tanto «el buen ángel como el malo» pueden causar emociones en ella. Ahora bien, tratándose de consolaciones *espirituales* ¿es posible que un principio malo cause este tipo de consolación? Quizá se trata más bien de sentimientos que el ejercitante percibe como buenos y consoladores o de falsas consolaciones con apariencia de consolación, «debajo de especie de bien», lo cual pedirá una especial vigilancia. En cualquier caso, en esta regla se nota un progreso en relación a las dos primeras de la primera semana, porque aquí ya sólo se habla de consolación, quizá porque, como acabamos de decir, es la que puede dominar a partir de la segunda semana o al menos ha de ser objeto de especial atención como más propia de Dios.

3.4.2. *La táctica del ángel malo* [332]

En continuidad con lo que se acaba de decir, hay que notar que los desvíos o pérdida de altura en la vida espiritual, en la vida cristiana en general, cuando la persona ya se halla en situación de segunda semana, es decir vive en fidelidad habitual a Dios y anda «de bien en mejor subiendo», el riesgo que corre es que a partir de buenos pensamientos, poco a poco, se vaya engañando y alejando del buen camino, acabando en «engaños cubiertos» y arrastrada por «perversas intenciones». Porque a una persona ya avezada en la vida espiritual no se la podrá engañar a partir de tentaciones claras y groseras. Estos pensamientos tal vez tengan una breve duración o sean instantáneos, pero su descubrimiento puede ser más lento.

3.4.3. «Advertir el discurso de los pensamientos» [333-334]

Dado que el ejercitante en segunda semana se guiará por pensamientos buenos y éstos pueden deteriorarse, cuando desvían y conducen a cosa mala (aspecto objetivo) o producen sentimientos no acordes con la acción del Espíritu, que se distingue por la «suavidad y gozo espiritual» (aspecto subjetivo), deberá «mucho advertir» en el discurso o proceso de dichos pensamientos. Es decir, que en el modo como se presentan esos pensamientos o en el objeto al que inducen no hagan descender hasta la «intención depravada» del «enemigo de natura humana». Y aquí lo importante es progresar en sabiduría espiritual y en conocimiento propio, de modo que «para adelante» sepa guardarse de estos engaños [334]. Por tanto, las reglas de discernimiento no son para no errar nunca, sino también para aprender de los errores propios: mejor comprensión de los hechos, mayor conocimiento de las fuerzas y flaquezas propias, de las formas de reaccionar, de la manera cómo actúa Dios en la vida espiritual personal, de la dirección y modos de la acción del «mal espíritu». La experiencia de Ignacio está de modo muy claro debajo de todas estas orientaciones.⁴⁶

3.4.4. «Como gota de agua» [335]

Como una conclusión y síntesis de la *mayor discreción*, más propia de la segunda semana, la séptima regla, que es la última que trata de la consolación en general, expone una caracterización de la acción del «buen ángel» y del «malo»,

en las personas «que proceden de bien en mejor», como suelen ser las que viven de hecho en la segunda semana. La comparación de la gota de agua que cae en la esponja y la que cae en la piedra es muy iluminadora, pero para su aplicación se supone aquel afinamiento del oído espiritual de que ya he hablado más arriba. Obviamente, «a los que proceden de mal en peor tocan los sobredichos espíritus contrario modo». En este caso se tratará de personas que, aunque no pecan habitualmente, se buscan a sí mismas, caen en la rutina o pereza espiritual, dureza de entendimiento, auto-complacencia, fariseísmo, etc. El motivo de la forma distinta como se hace sentir el buen espíritu y el malo «es la disposición del ánima ser a los dichos ángeles contraria o símile». Es decir, esta regla encierra una sabiduría semejante a la propuesta en las dos primeras reglas de primera semana [EE 314-315],

pero aplicada a una situación de mayor elevación espiritual.

Al terminar el recorrido por las reglas de segunda semana, se llega a la convicción de que aquella reserva que pone Ignacio en el título de las de primera semana es aquí más necesario: «en alguna manera sentir y conocer». En efecto, la acción de Dios es tan original e indescriptible, que para reconocerla sólo se pueden ofrecer algunas indicaciones, como señales en el camino. Y, por tanto, sólo el mismo ejercitante, que en la necesaria contemplación de los misterios de Cristo va asimilando sus sentimientos, puede captar y distinguir la acción totalmente personal de Dios en su alma. Por su parte, la persona que da los ejercicios, que debe ser muy experta en esta mayor discreción, ha de ser un observador atento que ofrece indicaciones, pero se queda con gran respeto contemplando la acción de Dios en el ejercitante.

1. Esta tradición tiene una expresión clásica en la Regla de San Benito: «Militar bajo el Señor, Cristo, rey verdadero» (Prólogo, 3).
2. Jean-Claude GUY en: *Saint Ignace de Loyola, Exercices, Spirituels, Text définitif (1548), Traduit et commenté par Jean-Claude Guy*, Paris, Seuil, 1982, p. 163-164. Incluso Daniel Gil llega a hablar del «valor político del Rey temporal» (*Valor político del Rey Temporal*, Estudio-Oración-Acción, Suplemento del Centro de Espiritualidad, Buenos Aires, 16 (1972).
3. No sobra aquí recordar que el Espíritu Santo lleva a tener visiones y sueños (cf. Hechos 2,17).
4. Florencio Segura desentraña profundamente el sentido humano de la parábola destacando los valores que contiene su estructura: valores de relación interpersonal, valor objetivo de la empresa propuesta, valores personales de la respuesta (o contravalores de la no respuesta). Con mucha razón insiste en la importancia de develar la riqueza humana de la estructura de la parábola, porque como advierte «es peligroso una traducción sin más del Rey temporal» (*Valores humanos en el llamamiento del Rey temporal*, en: *El llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal. Curso de aportaciones por varios directores jesuitas*, Secretariado de Ejercicios, Maldonado, 1, Madrid-6, p. 13-26). Por tanto, en el caso de proponer al ejercitante que elabore su propia parábola, es necesario, para su eficacia, mantener la estructura que tiene en el libro de los Ejercicios: una llamada personal, la propuesta de un proyecto humano solidario universal que se debe realizar en colaboración y en compañerismo.
5. No es de extrañar que, según Jerónimo Nadal, de este ejercicio, junto con el de las *Dos banderas*, haya nacido la Compañía de Jesús, cuyo fin es manifiestamente apostólico (Cf. MN, V, p. 40).
6. Cf. J.M. RAMBLA, *Mucho aprovecha el leer algunos ratos...* [EE 100], Manresa, 1995, p. 317-326.
7. N. 31. M. LOP, *Los directorios de Ejercicios*, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 2000, p. 328.
8. Es sobradamente conocida la devoción de Ignacio a la santísima Trinidad ya desde los años de Manresa, donde sin saber letras ya estaba dispuesto a escribir un libro sobre la santísima Trinidad, hasta las sublimes experiencias romanas, constatadas en parte en su *Diario Espiritual*. (Cfr. *Au*, 28 con notas; Pedro ARRUEPE, «Inspiración Trinitaria del carisma ignaciano», en: Pedro ARRUEPE, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander, p. 391-435). Sobre los intentos de la tradición religiosa cristiana de expresar imaginativamente la santísima Trinidad, baste recordar el arte románico y los iconos orientales, entre los que destaca la Trinidad de Rublev. Precisamente la presentación que hace Ignacio en el primer punto, «las tres personas divinas... cómo miran toda la haz de la tierra», sugiere un cierto parentesco con esta obra del arte ruso cristiano.
9. Josep M. RAMBLA, *Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (II)*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, EIDES 63 (2011). Ver p. 33 y nota 45, en p. 47.
10. David STANLEY, «La contemplación de los Evangelios, Ignacio de Loyola y el Cristiano Contemporáneo», en: *Para entender mejor los Ejercicios de san Ignacio*, México, D.F., Colección Renovación. Serie Adjunta, 1972, p. 41-74. La cita en p. 57.
11. En Pablo aparece repetidamente *perisseúein* (sobrereabundar) como expresión de este desbordamiento: Fil, 1,9; 1Tes 3,12; 4,1. Para la significación ignaciana del «más», puede verse una breve y muy buena síntesis: Luis DE DIEGO, *Espiritualidad del «magis»*, en: DEI, vol. 2, p. 1166-1167.
12. Aparte de los estudios clásicos de A. Codina y H. Watrigant sobre el origen de los Ejercicios Espirituales, puede verse: Ewert H. COUSINS, «Franciscan Roots of Ignatian Meditation», en: George P. SCHNER (ed.), *Ignatian Spiritua-*

lity in a Secular Age, Waterloo, Ontario, Canada, Wilfrid Laurier University Press, 1984, p. 51-64. En este estudio, aparte de la influencia franciscana en los Ejercicios, se trata también de la cisterciense.

13. Dios se hizo hombre porque «deseaba captar el afecto de los hombres carnales, que eran incapaces de amar de otro modo, atrayéndolos primero al amor salvífico de su propia humanidad, y luego gradualmente elevarlos al amor espiritual» (SAN BERNARDO, *Sobre el Cantar de los Cantares*, 20, 6, citado por Ewert H. Cousins, p. 56).
14. Véase la acertada traducción de *reflectir* que ofrece Javier Melloni: «*Reflectir*, es decir, tomar conciencia del reflejo que lo contemplado va dejando en el interior, dejándose transformar por ello y provocando aquel conocimiento íntimo que se convierte en amor y seguimiento» (J. MELLONI, *La mistagogía de los Ejercicios*, Santander, Sal Terrae, 2001, p. 171).
15. Cf. lo que dice la *Gaudium et Spes*, n. 22: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre».
16. *Aliquid novi semper afferatur* («siempre se presente algo nuevo») dice el mismo Ignacio en uno de sus directorios (M. LOP, *Los directorios...*, p. 26).
17. Ignasi Casanovas presenta una completa panorámica histórica de las interpretaciones de esta forma de oración. Destaca bien las tendencias que la reducen a una simple forma de *meditación* para ejercitantes poco iniciados y las que la clasifican como *contemplación*. Con razón, Casanovas sostiene que la causa de que varios comentaristas antiguos, cada vez más apartados de la época de san Ignacio, reduzcan la aplicación de sentidos a una especie de meditación, se debe al «temor al iluminismo que traía entonces perturbados a muchos espíritus, y al sensualismo, compañero casi inseparable del primero» (I. CASANOVAS, *Comentario y explicación de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*, tomos I y II, Barcelona, Balmes, 1954² [El original catalán es de 1933], p. 183-194. La cita en página 189). En línea parecida se pronuncia Joseph MARÉCHAL en su estudio «*Application des sens*», en: *Dictionnaire de spiritualité*, tomo I, col. 810-828. Maréchal divide los sentidos en imaginarios, alegóricos y espirituales. Los alegóricos son los que tiene presentes san Ignacio a partir de la segunda semana, aunque la práctica de éstos dispone fácilmente a la gracia de los sentidos propiamente espirituales, que son gratuitos. En la aplicación de sentidos el *reflectir* («reflectiendo en sí mismo») podrá llevar a la transformación en la misma imagen del Señor, según 2Cor 3,16-18 (Cf. François MARTY, *Sentir et Goûter. Les sens dans les «Exercices Spirituels» de saint Ignace*, Paris, Cerf, 2005, p. 52-55).
18. Javier Melloni describe muy bien el orden y progreso de las horas de oración y exámenes a lo largo del día (MELLONI, *La mistagogía...*, p. 119-120).
19. Aunque ya han pasado más de setenta años desde que Madeleine Delbrêl escribió «Nosotros gente de la calle», su escrito sigue perfectamente válido para «personas de la vida ordinaria. Aquellos a quienes uno encuentra en cualquier calle». La traducción española de esta obra está ya agotada desde hace muchos años, pero la edición francesa se halla todavía a la venta.
20. Michel DE CERTEAU, *La rupture instauratoire ou le christianisme dans la culture contemporaine*, Esprit, 1971, p. 1201.
21. G. THEISSEN, «Defensa de una relación renovada entre exégesis y homilética», *Selecciones de Teología*, n. 163, 2002, p. 184-194. Las citas en p. 187, 188, 193.
22. Véase P. H. KOLVENBACH, «No ocultéis la vida oculta de Cristo», en: *Decir... al «indecible»*. *Estudios sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1999, p. 77-89.
23. «No se trata de imitar un modelo externo, ni simplemente de un ejercicio ascético-moral, sino de una comunión real de vida con Cristo, pobre y humillado como expresión de su amor salvífico» (Rogelio GARCÍA MATEO, *Imitación de Cristo*, DEI, II, p. 1000).
24. «Ignacio presenta siempre la relación a la ‘persona’ de Jesús unida a la relación con el ‘proyecto’ de vida que asumió Jesús» (José M^a CASTILLO, *Seguimiento de Cristo*, DEI, p. 1620).
25. «Acerca de las elecciones, le parece que la primera cosa que se proponga es, si seguirá consejos

- o preceptos... lo segundo, si determinó consejos, si en religión o no, porque podría en hospitales, etc.» («Notas dadas de palabra», M. LOP, *Los directorios...*, n. 4, p. 24).
26. «8. Para estar más dispuesto a mayor gloria divina y a su mayor perfección, le disponga a desear más los consejos que los preceptos, si Dios fuese más de ello servido. 9. Le disponga y le haga capaz, que son menester mayores señales de Dios para los preceptos que para los consejos, pues Cristo nuestro Señor aconseja a los consejos y pone dificultad en poseer haciendas, lo que se puede en los preceptos» («Directorio autógrafo de san Ignacio», M. LOP, *Los directorios...*, n. 8-9, p. 20).
 27. William A. PETERS, «Ignacio de Loyola y la 'discreción de espíritus'», *Concilium*, 139 (1978), p. 530-538. La cita en p. 531.
 28. Carlos GARCÍA HIRSCHFELD, *Espíritus*, DEI, p. 820-826. La cita se halla en p. 824. Este artículo de García Hirschfeld es una síntesis de gran calidad sobre el tema.
 29. Lo que dice Louis Beirnaert respecto del discernimiento realizado por Íñigo en Manresa, durante sus meses de intensa y agitada experiencia espiritual, ilumina bien el carácter de las reglas de discernimiento: «Sin que llegase a ser consciente de las tendencias psicológicas que lo apegaban a uno u otro objeto, las captó en su significación de obstáculo al servicio de Dios, que era el supremo objetivo de su personalidad, y renunció a ellas, de modo que así progresó a la vez hacia la santidad y su maduración psicológica» (L. BEIRNAERT, «Discernement et psychisme», *Christus*, n. 4 (1954), 50-61, la cita en p. 59-60). Para la relación de las reglas con la Psicología, véase también: Jordi FONT, *Discernimiento de espíritus. Ensayo de interpretación psicológica*, Manresa, 1987, 127-147; «Los afectos en desolación y en consolación: lectura psicológica», en: Carlos ALEMANY y José A. GARCÍA MONGE (Eds.), *Psicología y Ejercicios Ignacianos*, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 1996², vol. I, p. 141-153. Sobre la teología implícita en las reglas ignacianas, véase: Karl RAHNER, en «La lógica del conocimiento existencial en San Ignacio de Loyola», en: *Lo dinámico en la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1968², p. 93-181.
 30. «En la primera semana no es menester [determinarse] mucho con hombres que caminan muy adelante en la vía del espíritu, que ha mucho que frecuentan la confesión y comunión y que tienen deseo de entender en qué estado podrían servir más a Dios» («Directorio dictado al P. Vitoria», n. 19 en: LOP, *Los directorios...*, p. 34).
 31. En el proceso de Alcalá de 2 de mayo de 1527, María de la Flor, declara que pidió a Íñigo que «le mostrase el servicio de Dios» y él «le dijo que la había de hablar un mes arreo; e que en este mes había de ocho a ocho días de comulgar; e que la primera vez había de estar muy alegre, e non sabría de dónde le venía; e la otra semana estaría muy triste; mas que él esperaba en Dios que ha de sentir en ello mucho provecho» (*Monumenta Historica S.I., Scripta de Sancto Ignatio*, I, p. 611; José CALVERAS, *Ejercicios espirituales, Directorio y Documentos de S. Ignacio de Loyola*, Barcelona, Balmes, 1958², n. 659, p. 336).
 32. Es la sindéresis o «capacidad natural para juzgar rectamente», según la RAE.
 33. Esta proposición fue atacada como propia de los Alumbrados, pero defendida por Polanco. Cf. DALMASES, *Ejercicios Espirituales*, Santander, Sal Terrae, p. 168, nota.
 34. «Directorio autógrafo de san Ignacio», n. 11; LOP, *Los directorios...*, p. 20.
 35. En una carta a Francisco de Borja, Ignacio le escribe que modere sus penitencias corporales, sobre todo si hacen brotar sangre, para «buscar más inmediatamente al Señor de todos, es a saber, sus santísimos dones, así como una infusión o gotas de lágrimas, agora sea, 1º, sobre los propios pecados o ajenos; agora sea, 2º, en los misterios de Cristo N. S. en esta vida o en la otra; agora sea, 3º, en consideración o amor de las personas divinas; y tanto son de mayor valor y precio, cuanto son en pensar y considerar más alto» (20 septiembre 1548, BAC, 1991, p. 831).
 36. La «noche oscura» del Padre Arrupe es tal vez menos conocida que las de Teresa de Lisieux y Teresa de Calcuta. El mismo Arrupe cuenta cómo vivió esta «noche oscura» en la tensa relación con el papa Pablo VI. Cf. Víctor CODINA, *La noche oscura del P. Arrupe. Una carta autógrafa inédita*, Manresa, 1990, 165-

172. El texto de la carta está también editado en Pedro Miguel LAMET, *Arrupe. Un profeta para el siglo XXI*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, p. 480.
37. Pueden verse en Teresa de Jesús expresiones como éstas: «Me parece cordura huir como de una fiera de la lengua de una mujer apasionada» (*Carta* 384,10). «El gran valor de estas almas y el ánimo que Dios las daba para padecer y servirle, no cierto de mujeres» (*Fundaciones* 1,6). «Es muy de mujeres [las “ternuras” las “palabras regaladas”] y no quería yo, hijas mías, lo fuédeses en nada, ni lo pareciédeses, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles, que espanten a los hombres» (*Camino* 7,8, código de Valladolid). «Vuestra reverencia y las demás están más obligadas a ir como varones esforzados y no como mujercillas» (*Carta* 424,13).
38. *Au*, Prólogo del P. Nadal, n. 2.
39. Sabemos, como dice Nadal, que «*post consummata studia congessit delibationes illas Exercitiorum primas, addidit multa, digessit omnia*» (MN, Ep. IV, p. 826). Muy probablemente para esta reelaboración final del texto de los Ejercicios se sirvió de lecturas de clásicos de la espiritualidad cristiana como Evagrio del Ponto, Casiano y san Bernardo, entre otros. Una formulación clásica de los engaños en la vida espiritual se halla en la presentación que de la *acedia* hacen Evagrio del Ponto y Casiano. Con especial habilidad, San Bernardo interpreta el Cantar de los Cantares (2,15): las raposillas, que se esconden fácilmente, son el peligro engañoso de los proficientes, mientras que los novicios o incipientes, son amenazados por peligros más aparatosos como las heladas y los incendios (Sermones 63 y 64 sobre el Cantar de los Cantares).
40. Ignacio, al hablar del encuentro con el moro con el cual debate sobre la virginidad de María, reconoce que entonces se hallaba «ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes» (*Au* 14,4).
41. Cf. *Au*, 8.
42. Es inmenso el panorama bibliográfico referente a esta CSCP: F. Suárez, G. Fessard, K. Rahner, Daniel Gil, Jean Gouvernaire y todos los comentaristas del texto de los Ejercicios (Meschler, Casanovas, Arzubialde, Demoustier, etc.) o de las Reglas en particular (Gagliardi, Clémence, Gil, Toner, etc.). Hay que destacar una de las aportaciones recientes de más calidad, por su análisis completo y profundo: José GARCÍA DE CASTRO, *El Dios emergente* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2001). Aparte del muy notable valor de la obra en sí, en ella se halla una excelente panorámica de las diversas interpretaciones que se han dado de esta regla ignaciana.
43. Jean CLÉMENCE, *El discernimiento de espíritus en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*, Madrid, Secretariado de Ejercicios, 1979, p. 28. (El original apareció en *Revue d'Ascétique et Mystique*, 1951, 347-375; 1952, 64-81). Según Clémence, una persona equilibrada con atención continuada podrá descubrir una causa subconsciente; una inconsciente, tal vez con el progreso de la vida espiritual se haga subconsciente y consciente. La forma psicológica mediante la cual la acción de Dios se hace consciente es «la forma del amor enteramente gratuito y desinteresado» (p. 29).
44. La cita de santo Tomás se conserva en los textos P1 y P2 y hace referencia al modo como es movida la voluntad por la inteligencia y por Dios (cf. Dalmases, p. 172, nota a Ej. 330).
45. En la autobiografía ignaciana hallamos estos puntos en los que aparece, con mayor o menor probabilidad, la CSCP: 21,2;28,4;29,2;79,8.
46. Cf. *Au*, 26,2-4;54,5-55,1;82,3-4.

«Ayudar», con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.

*Bajo este lema de servicio y sencillez,
la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES)
ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»

63. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (2) - 64. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (1) - 65. T. GUARDANS. Cristina Kaufmann, a la búsqueda de lo esencial - 66. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (2) - 67. D. MOLLÁ. La espiritualidad ignasiana como ayuda ante la dificultad - 68. J. ROIG. El crecimiento espiritual - 69. L. YLLA - X. MELLONI - J. RAMBLA - D. OLLER. ¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad? - 70. P. TRIGO. Pedro Claver, esclavos de los esclavos - 71. J. GLÉNISON. Una interpretación contemporánea de los Ejercicios de san Ignacio - 72. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (3)

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet a: www.cristianismeijusticia.net/eides

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona
Tel: 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

www.cristianismeijusticia.net/eides